



Universidad de Chile.

Facultad de Filosofía y Humanidades.

Departamento de Literatura.

LOS MOTIVOS DE LA NARRATIVA GÓTICA DEL SIGLO XVIII Y XIX  
Y LA ESTÉTICA DE LO BELLO Y LO SUBLIME EN EL TEXTO  
CREATIVO: *EL REINO DE LAS SOMBRAS*.

Informe para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica.

Seminario de Grado: “Teorías y métodos contemporáneos para el análisis de textos  
literarios”

Katherine Levillán.

Profesores: Sergio Caruman.

David Wallace.

Santiago, diciembre de 2022.

## ÍNDICE

Estudio Preliminar.....	p.5
Metodología.....	p.5
La trama de <i>El Reino de Las Sombras</i> .....	p.6
Genealogía de lo gótico en <i>El Reino de Las Sombras</i> .....	p.7
El motivo.....	p.11
Lo Sublime en <i>El Reino de Las Sombras</i> .....	p.17
La fealdad.....	p.22
Justificación .....	p.25
Conclusiones.....	p.26
Bibliografía.....	p.29
Anexo I: <i>El Reino de Las Sombras</i> .....	p.30

*A mí familia, quienes nunca me dejaron caer.*

*A mis amistades, las cuales me acompañaron y atesoraré por siempre.*

*A mis profesores, cuya guía y acompañamiento fue fundamental para coger la pluma.*

*A Paula, mi compañera incondicional que sin ella este proyecto no existiría.*

*Para ustedes, **J&A.***

*Tenía un corazón en el que habría cabido un imperio,  
pero tuvo que contenerse con un sótano.*

Gaston Leroux, *El fantasma de la ópera.*

## ESTUDIO PRELIMINAR

### METODOLOGÍA

El siguiente estudio pretende ahondar en el texto creativo *El Reino de Las Sombras* y entregar una posible lectura que se enmarca en la tradición literaria de la narrativa gótica temprana. Toda esta investigación es realizada desde una perspectiva metateórica que abarca desde el motivo de una narración como una unidad mínima, planteada por Cesare Segre en *Principios del análisis literario*, y como unidad independiente, planteado por Kayser Wolfgang en *Interpretaciones y análisis de la obra literaria*, hasta la conformación de un género literario con el motivo de la recurrencia. Además, se pretende dar cuenta de manera expositiva los diversos rasgos que caracterizan al género gótico, como también los motivos en la dimensión estética de lo sublime expuesto por Burke en *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, que se encuentran presentes en el texto de autoría propia. Todo esto realizando una experiencia extra corporal abandonando mi papel que en un inicio de este proyecto de investigación fue de autora y acabará con el surgimiento en la piel de lectora crítica.

Tras finalizar el estudio preliminar, a continuación, se presentarán ilustraciones que acompañan el corpus de la narración para otorgar al futuro lector un surgimiento imaginario a *El Reino de Las Sombras*.

## I. LA TRAMA DE *EL REINO DE LAS SOMBRAS*

Gaspare Grimaldi, quien es el Abad en el monasterio de Supra se ve atormentado por su propio cuerpo. Todas las noches se encierra en su habitación a observar los estragos que va dejando el paso del tiempo en su figura. Las arrugas cada vez se hacen más presentes, al igual que las manchas de color caqui en sus manos y las cicatrices que este mismo se ocasionó al querer eliminarlas con un arma blanca. Viviendo a diario la decadencia y la pudrición de su propio organismo, sintiendo asco de sí mismo. Emprende un viaje en busca de un misterioso ser llamado Mors, el cual ha sido condenado a vivir en las profundidades de la ciudad de Supra hasta la eternidad. Ambos desean lo que el otro tiene. Grimaldi anhela la inmortalidad y está dispuesto a todo con tal de conseguirlo, incluso a desafiar las leyes naturales de su creador. Y Mors, un ser destruido que, tras pelear en la caída del Imperio del Norte, intenta con todas sus fuerzas acabar con la maldición hasta el punto de auto mutilarse ocasionando heridas que lo deforman por completo. Ambos se reunirán por medio de extrañas circunstancias donde pactaron un trato para conseguir lo que tanto anhelan. Desde ese momento sus vidas estarán unidas, la muerte de uno significa la perdición del otro.

Los recuerdos constantemente azotan la mente del personaje protagonista, tras vivir una vida llena de violencia y maltrato por parte de su padre y la repentina desaparición de su madre. Su progenitor durante todo ese tiempo le hace creer a Gaspare que aquella mujer que le había dado la vida los había abandonado. Este crece con un gran odio hacia su madre, pero es también ella quien lo motiva indirectamente a seguir el camino religioso. Pero, tras enterarse de la verdad confesada por su padre en el hospital donde se encontraba en su lecho de muerte, sus ambiciones cambiaron y el miedo a la muerte se hace cada vez más insoportable.

## II. GENEALOGÍA DE LO GÓTICO EN *EL REINO DE LAS SOMBRAS*

Este texto posee motivos que han sido recuperados y repetidos a lo largo de toda la tradición literaria de la narrativa gótica y la estética del terror –al servicio de satisfacer al público–. Pero, antes de adentrarnos a exponer todos estos rasgos característicos, me parece pertinente realizar una contextualización histórica de este género literario. El motivo de lo gótico nació a la sombra de la Inglaterra de Las Luces, del arte neoclásico y su culto a la razón. Los valores del clasicismo y el Barroco empezaron a agotarse entre la sociedad, ya que había una profunda crisis social, intelectual y moral. Y esta crisis encontró una salida en la Ilustración. Kant la define de la siguiente manera en su ensayo *¿Qué es la Ilustración?*: Es el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía de algún otro. Siguiendo con su motivo *sapere aude*<sup>1</sup>. Este movimiento intelectual pretendió acabar con la superstición y fomentar un progreso en la población. Los ilustrados pedían que la religión fuera de índole privada para que no interviniera en la vida pública, además de tener un alto interés en la educación. Pero luego de unos años surgieron una serie de tendencias confusas y diferentes que tuvieron lugar a la vez en distintos países europeos. En cada uno de ellos comenzó de manera distinta, pero lo que tuvieron en común de forma general fue que consiguió, poco a poco, cambiar la sensibilidad del público. En el

---

<sup>1</sup> “Atrévete a saber”, en su traducción del latino. Este lema sigue por completo a la Ilustración, que es la búsqueda de la verdad, el entendimiento y la iluminación.

año 1790 la gente ya estaba preparada para la entrada de obras románticas, que se alejaban del racionalismo y daban rienda suelta a las emociones. El Romanticismo como lo expone Hauser en su obra *Historia social de la literatura y el arte*. Fue un fenómeno contradictorio, ya que surge la reacción de una expresión emocional y un entusiasmo plebeyo, en medio de la antítesis del intelectualismo delicado y discreto de las clases superiores. Fue la reacción de estas mismas clases contra el racionalismo <<corrupto>> y las tendencias reformadoras de la Ilustración:

“Desde el gótico, el desarrollo de la sensibilidad no había recibido un impulso tan fuerte, y el derecho del artista a seguir la voz de sus sentimientos y su disposición individual nunca fue probablemente acentuado de manera tan incondicional. El racionalismo, que seguía progresando desde el Renacimiento y había conseguido a través de la Ilustración una vigencia universal, dominando todo el mundo civilizado, sufrió la derrota más penosa de su historia.” (473)

Hablaremos en este estudio del sentido del renacer del gótico. El Romanticismo buscó constantemente recuerdos y analogías en la historia, y encontró su inspiración más alta en ideales que creía ver realizados ya en el pasado. Y lo vemos en la relación de este movimiento con la Edad Media que, a diferencia del clasicismo, el cual toma a los griegos y romanos meramente como ejemplos. El Romanticismo, por el contrario, tiene siempre el sentimiento de un *déjà vécu* en relación con el pasado. Recuerda el tiempo antiguo y pasado como una preexistencia. Es aquí donde surgió el gusto por lo gótico como una expresión emocional, estética y filosófica.

El origen del término, viene de godo, gentilicio con el cual se designa lo relativo a las tribus germánicas que invadieron el imperio romano entre los siglos III y V d.C, contribuyendo así, a su colapso final. Los godos que conquistaron el lado oeste de Europa



fueron llamados visigodos; mientras que los que conquistaron el lado Este, se convirtieron en los ostrogodos. Y para los romanos todo aquel que no hablara latín era considerado un bárbaro. Pero estos grupos no tienen ninguna responsabilidad directa del uso que se le daría años más tarde al adjetivo <gótico> en el terreno de la arquitectura y, posteriormente, en el de la literatura.

Como lo expone Carlos Javier Taranilla de la Vega en su obra *Breve historia del gótico*, tal calificativo fue utilizado por primera vez en el campo de las artes por el tratadista Florentino Giorgio Vasari, al designar con carácter peyorativo un estilo que semejaba arte de bárbaros –godos–, porque se apartaba de la dimensión estética clásica. Las catedrales, con sus muros desnudos, parecían más castillos que templos y se refirió a dicho estilo arquitectónico medieval como confuso y desordenado. En el siglo XIX el Romanticismo, dentro de su interés por la Edad Media, revalorizó el estilo.

En el caso de la historia literaria, la adopción al término surge cuando, en 1764, el escritor inglés Horace Walpole publica su novela *The Castle of Otranto* (*El Castillo de Otranto*). Dicha novela representa el nacimiento de un género narrativo del siglo XVIII, desde entonces conocido como novela gótica. De hecho, es el mismo autor quien acuñó el término poniéndole a su novela el subtítulo: *A Gothic Story* (*Una Historia Gótica*). La historia trata de cómo Manfred, Príncipe de Otranto, pelea por legitimar su derecho al título, sabiendo que este no le pertenece. La acción se desarrolla en la Italia Medieval, entre: “1095, en tiempos de la primera Cruzada, y 1243, fecha de la última, o poco después” (12). En este prefacio a la primera edición podemos dar cuenta de una característica de la narrativa gótica que es el motivo del manuscrito. Walpole se presenta a sí mismo no como autor de la novela, sino como traductor, lo cual le entrega al texto verosimilitud. El autor recurre al recurso del manuscrito, de esta manera entregando verosimilitud y ambigüedad que todo relato tanto

gótico como fantástico requiere. En este caso, la presente obra encontrada en la biblioteca de una antigua familia católica al norte de Inglaterra, le permite al lector participar en el conflicto de los personajes ante la presencia de lo sobrenatural, por ejemplo, creyendo, al menos de manera temporal, que lo narrado pudo haber sucedido en tiempos anteriores. El Castillo de Otranto no es, aparentemente, un texto ficcional, sino la traducción de un manuscrito antiguo en el que se cuentan los acontecimientos tal y como ocurrieron en ese misterioso castillo. Otro ejemplo de narración en que se encuentra ese recurso, es en el cuento de Edgar Allan Poe titulado: “*El Retrato Oval*”, donde dos amigos de los cuales nunca se da a conocer los nombres llegan a este castillo de estilo gótico donde el personaje protagonista tiene plena conciencia de la narrativa gótica como se muestra a continuación:

“El castillo en el cual mi asistente se había empeñado en entrar, si fuese menester a la fuerza, antes que permitirme pasar, hallándome gravemente herido, la noche al raso, era uno de esos enormes edificios, mezclados de lobreguez y grandeza, que durante tanto tiempo han alzado su frente ceñuda por entre los Apeninos, no menos en la realidad que en las novelas de la señora Radcliffe” (383)

Ann Radcliffe –la señora nombrada por el personaje protagonista–, fue una escritora inglesa que gracias a sus obras –la más conocida *Los misterios de Udolfo* (1794) –, las cuales contribuyeron a que la novela de Horace Walpole dejará de verse como una extravagancia aislada de la literatura y comenzará a verse como una obra fundadora de una escuela de escritura con una tradición. Su figura fue importante para que el gótico se consolide como un género literario.

Antes de comenzar a analizar los motivos que conforman la narrativa gótica, es pertinente aclarar la diferencia de espíritu entre la corriente literaria y la arquitectónica, como expone el autor Baldick en su estudio introductorio al *Oxford Book of Gothic Tales*. Los

pensadores de la corriente arquitectónica conocida como renacimiento gótico eran “adoradores” de la Edad Media. En cambio, los novelistas del período que llamaremos gótico temprano, aunque no niegan una fascinación por el medievo, lo utilizan más que nada como el ambiente perfecto para dar rienda suelta a lo bestial y oscuros secretos que esconde la mayoría de personajes. La Edad Media, es la época más adecuada para situar una historia que tiene que ver con la superstición y lo irracional.

### III. EL MOTIVO

Las narrativas que conforman este género comparten repetidos temas y motivos, los cuales permiten la creación de esta tradición literaria. El crítico literario Cesare Segre en su texto *Principios del análisis del texto literario*, nos define tema como la materia elaborable –o elaborada– de un discurso. Es el asunto tratado, proposición que se propone para ser desarrollada. En musicología, el tema es la melodía característica que sirve de base a una composición musical y suministra la materia para el desarrollo. Es decir, un fragmento de materia musical con forma compleja y autónoma, pero utilizado en la composición con fines de desarrollo, elaboración o variación. Tema es, por lo tanto, la materia elaborada en un texto, o bien el asunto cuyo desarrollo es el texto, o la idea inspiradora. Los temas –como también los motivos–, son elementos de reutilización. Es justa la insistencia sobre la repetitividad, no tanto, en cada uno de los textos –por independiente–, sino como en el conjunto de los textos que conforman un género literario.

Segre nos expone el motivo como la unidad mínima en que pueden descomponerse los elementos que constituyen el tema de una obra narrativa o dramática. El autor

individualiza el concepto de motivo en tres valores: El primer valor es el motivo como unidad significativa mínima del texto (o, mejor, del tema). La palabra motivo designa una pequeña unidad temática, que no llega a comprender la totalidad de un plot o de una fábula, pero que representa ya un elemento de contenido y de situación. Constantemente, en los géneros literarios pragmáticos, el contenido está formado por más de un motivo. Y, a diferencia del tema que es la coextensivo a la fábula, el motivo es uno de los elementos de un motivo. El segundo valor es el motivo como elemento germinal. Habitualmente el término motivo resulta de una mayor vaguedad, más apropiada a este valor, es decir, al de germen desarrollado en la obra. Es decir, los motivos serían, por lo tanto, elementos característicos de los personajes, de la acción, o de circunstancias de la acción, con tal de que sean capaces de caracterizar un texto. Por último, tenemos el tercer valor que es el motivo como elemento recurrente, basado en la recursividad, es la que se refiere más directamente al étimo (*moverse*) y al uso habitual en música del *leitmotiv*: y revaloriza la función que tiene la repetición de afirmaciones, consideraciones, descripciones, alusiones, entre otras, en la textura verbal. La relación entre tema y motivo que nos plantea Segre es de idea a núcleo, de organismo a célula, dado que tema, asunto y leitmotiv ya no son núcleos, como los motivos, sino organismos complejos y diferenciados, de los cuales el motivo es el primer germen, o célula, para finalmente repetirse dentro de un mismo texto.

Tras la dimensión de los géneros literarios paradigmáticos me es pertinente exponer al siguiente autor que desarrolla el motivo como repetición y exclusividad de un género, como me convoca en este caso al género de la novela gótica. Wolfgang Kayser en su texto Interpretación y análisis de la obra literaria, nos plantea que, cuanto más se estudian las leyendas y cuentos de los diversos pueblos –la narrativa gótica que tiene fuerte inspiración de las leyendas folclóricas–, más semejanzas se descubren, no sólo en pequeños rasgos, sino

que también en las situaciones, en los personajes y en los esquemas. Trata, por tanto, de unidades que aparecen en las más diversas combinaciones. El autor plantea los motivos como unidades independientes que son diversamente presentadas. Donde quiera que nos encontremos, ya sea una leyenda o cualquier obra literaria, siempre las unidades se presentarán de manera concreta. Según Kayser, el motivo es una situación típica que se repite: llena por tanto de significación humana. En este carácter de situación reside la capacidad de los motivos para aludir a un “antes” y un “después”. Es decir, la situación ha surgido, y su tensión exige una resolución. Por ejemplo, aquello lo podemos ver en el motivo de los personajes enemigos, que por un lado tenemos al protagonista héroe y, por otro, al antagonista. Los motivos están imbuidos de una fuerza motriz, lo cual justifica, en el fondo, su propio nombre –derivado de movere–. Además, reconoce una cualidad especial del motivo y es que favorece su uso en determinados géneros, es decir, las obras que componen los distintos géneros literarios poseen sus recurrentes motivos. Kayser también desarrolla el concepto de leitmotiv como motivos dominantes y centrales que se repiten en una obra o en la totalidad de las obras de un autor. Es conocida en cuentos o novelas la repetida aparición de un objeto determinado o de cualquier rasgo significativo. Por ejemplo, en el género gótico surgieron relatos que comparten ciertas características estructurales como lo son: la inclusión de personajes en escenarios oscuros y aislados de la sociedad, ya sea en mansiones, castillos, bosques misteriosos, montañas, entre otros. Además, de pasadizos, huecos y habitaciones vacías.

El motivo del castillo como símbolo se convierte, en muchas de las obras góticas, no solo en el espacio que resume una época anterior y sus convicciones, sino que también en alegoría de la prisión mental y social en la que se encuentran atrapados los personajes. El castillo es un espacio claustrofóbico y limitado, pero a pesar de que los personajes habitan

ahí, nunca son capaces de conocerlo del todo, ya que están llenos de corredores que conducen a habitaciones desconocidas cuyas puertas, en la mejor de las situaciones, se encuentran con llave, pero cuando no lo están, guardan terribles y oscuros secretos que más valía no haber descubierto. Es un laberinto donde, muchas veces, su propio creador se pierde. Esto lo podemos ver en *El Castillo de Otranto* cuando Manfred se encuentra desesperado, ya que su único hijo varón, Conrad, ha fallecido –tras ser despedazado y casi sepultado por un enorme yelmo– antes de ser casado con Isabella. Aquella unión habría legitimado el título de Manfred, al mismo tiempo que les hubiera garantizado descendencia. Por ello, decide deshacerse de su esposa, Hippolita, para así casarse nuevamente y engendrar un heredero con la joven Isabella. Tras llamarla y proponerle la unión en plena oscuridad. Isabella decide huir aterrorizada por las intenciones de Manfred. Finalmente, ambos se ven envueltos en una persecución en los pasajes subterráneos del castillo, los cuales funcionan como alegoría de la psique humana de estos dos personajes.

El tránsito por estos pasajes subterráneos o la visita a mazmorras y calabozos se convierte en una metáfora del descenso a los infiernos, pero este descenso o caída no se trata de un lugar metafísico al inframundo, sino que es humano. Estos lugares son creados por los hombres para torturar a otros, para hacer desaparecer la evidencia de los deseos más oscuros de venganza o poder que unos seres ejercen sobre otros. Y las altas paredes amuralladas sirven para acallar los gritos de las víctimas del personaje antagonista de la trama. En *El Reino de Las Sombras*, podemos dar cuenta de este desplazamiento de símbolo a metonimia. Una parte del monasterio, el cual también es el hogar de Gaspare Grimaldi, es utilizado por éste para torturar a Mors, quien fue invocado por medio de las artes oscuras y es encerrado en la habitación para evitar que escape. Luego de que ambos llegaran a un acuerdo donde los dos serían beneficiados. El abad conseguiría la inmortalidad y el extraño ser inmortal

acabaría con la condena de la eternidad. Pero el primero al darse cuenta que su cometido dependía de la supervivencia de Mors, decide castigarlo a vivir en lo alto del campanario. No sin antes, torturarlo y humillarlo haciéndolo gritar de dolor y detestando aún más su existencia:

“La mitad de su cuerpo logró atravesar aquella invisible cápsula, pero de inmediato su cuerpo fue arrojado nuevamente al interior de esta. Gritó de dolor al caer de espaldas. Su cuerpo ardía como si hubiese sido lanzado y consumido por las llamas. Tras recuperar un poco la compostura, se miró la mano derecha, la cual temblaba debido al dolor y se encontró con una piel totalmente enrojecida. Algunas de sus partes —como antebrazos, rodillas y muslos— estaban descamadas y sangre desprendía de ellas. Dirigió su mirada al profundo azul de los ojos de su captor, en los cuales podía descifrar claramente la satisfacción que sentía.” (69)

El mundo de los horrores toma presencia en el relato. Umberto Eco en el tercer capítulo de su texto *Historia de la fealdad*, nos expone la aparición de este bajo mundo con la forma de lo terrorífico y de lo diabólico en el mundo cristiano con el Apocalipsis de Juan evangelista con la caída de los ángeles a los mundos infernales, de los cuales nunca más podrán salir. Aunque ya muchas religiones habían concebido este lugar como subterráneo y oscuro donde vagan los muertos. Al Hades pagano acude Demeter en busca de Perséfone raptada por el rey de los infiernos y desciende Orfeo para salvar a Eurídice, y en él se aventuran Ulises y Eneas. También lo encontramos en el Corán donde se habla de un lugar de pena y dolor. En el Antiguo Testamento encontramos alusiones a una <<morada de los muertos>>, aunque no se habla de penas y tormentos, mientras que más explícitos son los Evangelios, en los que se menciona el Abismo, el Gehena y su fuego eterno. En la Edad Media abundan las descripciones de los infiernos en los relatos de viajes infernales.

En *El Reino de Las Sombras*, se nos presentan tres escenarios infernales: el sótano de la casa en la que el personaje protagonista vivía en su niñez, la habitación y el campanario del monasterio donde es encerrado el ser inmortal, y la alcantarilla de la ciudad. En primera instancia, tenemos el sótano un lugar subterráneo, oscuro y húmedo, además, el único lugar de la casa que nunca fue remodelado. Gaspare Grimaldi jugó gran parte de su infancia en ese recinto, al lado de una enorme máquina de cortar carne que su papá había heredado de sus abuelos. Pero fue en ese lugar donde su padre tras asesinar a su madre se deshizo del cuerpo. Lo descuartizó y trituró para luego envolverlo en bolsas y darle de comer a los perros en el jardín, mientras Gaspare se dedicaba a cuidar de la jardinería. En segundo lugar, tenemos el monasterio, el hogar de Grimaldi tras haber ingresado a la institución. La abadía se convierte una especie de infierno no para el personaje protagonista, sino que para Mors, el personaje que es invocado por Gaspare, el cual es torturado por este para conseguir lo que tanto anhela; que es la inmortalidad que el nigromante posee. Y, por último, tenemos la alcantarilla, un lugar terrorífico en el que Grimaldi debe descender para conseguir la espada maldita. Tras bajar se encuentra con un escenario totalmente oscuro, sucio y habitado por criaturas que intentan atacar como se muestra a continuación:

“Lo que Gaspare no vio venir fue como uno de los guarenes, el más grande se lanzó a su pierna para atacarle. Intentó apartarlo dándole patadas con la pierna libre, pero le fue imposible liberarse. Lo golpeó con la lámpara, intentando, también de no quebrarla en mil pedazos, pero este se sujetaba con fuerza e intentaba morderlo. Espuma blanca salía de su boca. La desesperación comenzó a apoderarse de su ser. Debía acabar con el animal antes que lo mordiera, de otra manera pasaría sus últimos minutos de vida en una alcantarilla. Por lo que, sin pensarlo dos veces con total violencia cortó a la mitad la cabeza del roedor ocasionándole la muerte de manera inmediata. Pero no satisfecho



con eso atravesó el cuerpo del animal una y otra vez empapando con sangre el húmedo suelo” (63)

Ese lugar donde Mors cumplía su condena hace cien años y el que se había convertido su hogar para Grimaldi se convierte en su peor tortura.

#### IV. LO SUBLIME EN *EL REINO DE LAS SOMBRAS*

Edmund Burke en su texto *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, nos expone que todo lo idóneo para excitar las ideas de dolor y peligro, todo aquello que es terrible, o se relaciona con cosas terribles, o activa de manera análoga al terror, es una fuente de lo sublime. Los tormentos que nos vemos obligados a sufrir son mucho mayores por cuanto a su efecto en el cuerpo y en la mente, que cualquier placer –es la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir–. Como el dolor es más fuerte al actuar que el placer, la muerte en general es una idea que nos afecta mucho más que el dolor; porque hay pocos dolores, que no se prefieran a la muerte. Es pertinente aclarar la diferencia entre terror y horror, ya que su significado suele confundirse y muchas veces se utiliza de manera errónea. El peligro y el dolor dejan de ser un sentimiento de lo sublime cuando estos no producen ningún deleite, y son sencillamente horribles. Por eso, a cierta distancia y con ligeras modificaciones, el terror es una emoción agradable.

El motivo de la luz toma gran importancia en el texto para crear lo sublime. Todos los colores dependen de la luz, por consiguiente, es indispensable estudiar la oscuridad. Como lo expone el autor, la mera luz no causa una fuerte impresión, pero una luz cegadora como la del sol, es una gran idea. Una luz inferior a esta –al sol–, si se mueve aceleradamente,

tiene el mismo poder, ya que la iluminación es ciertamente causa de grandeza. Una rápida transición de la luz a la oscuridad, o de la oscuridad a la luz, tiene un mayor efecto. Para Burke, la oscuridad es más capaz de producir ideas sublimes que la luz. La luz extrema, al superar los órganos de la vista, borra todos los objetos, de manera que en sus efectos se parecen exactamente a la oscuridad. La luz y la oscuridad son dos ideas reconciliadas en sus respectivos extremos; y ambas pese a su naturaleza opuesta compiten en la producción de lo sublime.

La luz tiene una gran importancia en la construcción de la arquitectura gótica, la cual es utilizada en casi todas las narrativas góticas como escenarios perfectos para producir lo sublime. Como autora del texto analizado me parece pertinente realizar un análisis más afondo de este tipo de arquitectura diferenciando principalmente entre catedral y monasterio. La trama de *El Reino de Las Sombras* se desarrolla en el monumento de una abadía, ¿pero por qué una abadía? Los monasterios fueron construidos para fundar en medio de un espeso bosque con el fin de llevar a la práctica en pobreza y soledad sus principios. En ella se pronunció la intención de retomar a la primitiva austeridad benedictina dentro de una pobreza absoluta. Se trató, principalmente, de una asceta cuyo principal objetivo era la penitencia y el amor a Dios desde una orientación austera, que se refleja en la sobriedad decorativa que predica para los monasterios, mientras denunciaba las escenas figurativas como podemos dar cuenta en la descripción que se hace del monasterio de Supra:

“Nunca le había gustado la decoración del lugar, tan fría y desolada sin ningún ápice de color, todo sobrio y rústico de madera y piedra. De los cuarenta y dos años que llevaba viviendo en aquel lugar, no recordaba que hayan realizado un cambio de diseño. La ostentabilidad y el lujo estaban vetados, a pesar de que mucho dinero por parte del gobierno de Supra ingresaba a la abadía. Ni siquiera, los cuadros con distintas escenas

bíblicas –evadiendo las que contenían figuras zoomórficas– habían sido cambiados de lugar” (38)

Los monasterios a diferencia de las catedrales, las cuales se encontraban en el centro de las ciudades amuralladas medievales fueron siempre construidos a la lejanía de las urbes para que el ruido no fuera una interrupción para poder entregarse en cuerpo y alma a la oración. La experiencia de lo sublime se puede vivir en los dos monumentos, pero la soledad y la infinitud son posible vivirlas en medio del bosque o las montañas justamente donde se encuentra el monasterio de Supra. Lejos del centro de la ciudad en medio de una colina rodeada por un sin fin de árboles y el cementerio como lo experimenta el propio personaje:

“Al regresar a su hogar lo primero que hizo fue subir a lo alto de la abadía donde estaba el campanario. La vista que ofrecía aquel lugar era majestuosa e intimidante. El bosque que protegía el templo de cualquier intruso se veía diminuto desde arriba, al igual que las pequeñas casas que reconocía a lo lejos. Se sintió superior y con el suficiente poder para realizar cualquier acto. El mundo se encontraba a sus pies. Le pertenecía y con un solo gesto podía destruir todo a su paso” (44)

El motivo del color es considerado como producto de lo sublime. Según Burke, los colores vivos o alegres no son indicados para producir grandes imágenes. Por ejemplo, un cielo nublado es más grandioso que uno azul. La noche es más sublime y solemne que el día. En la pintura histórica, los colores alegres y chillones nunca pueden surtir un efecto feliz. En los edificios si se quiere el mayor grado de lo sublime, los materiales no deben ser blancos, ni verdes, amarillos, azules, ni rojos pálidos. Sino, colores tristes y oscuros como negro, marrón o morado.

El sonido tiene gran poder para producir lo sublime. Según Burke, un ruido por sí solo es suficiente para subyugar el alma, para suspender su acción y para llenarla de terror.

Por ejemplo, el ruido de grandes cataratas, tormentas furiosas, de un trueno o artillería, despiertan una sensación impresionante y horrorosa en la mente. El cese brusco de un sonido, por intenso que sea, tiene el mismo poder. Esto llama nuestra atención y nuestras facultades se ven inducidas, por así decir, a estar alerta. En todo lo que es repentino e inesperado, somos susceptibles de sobresalto; tenemos una percepción del peligro y nuestra naturaleza nos impulsa a ponernos a resguardo de él. Por ejemplo, pocas cosas son más horrorosas que las campanadas de un gran reloj. Un sonido bajo, tembloroso; es producto de lo sublime. La noche aumenta nuestro terror quizá más que cualquier cosa. No sabemos lo que puede ocurrirnos, temer lo peor que pueda pasar; y de ahí que la incertidumbre sea terrible, que a menudo intentamos librarnos de ella ante el riesgo de un posible daño. Sonidos bajos, confusos e inciertos, nos dejan en la misma ansiedad temerosa en lo concerniente a sus causas, que la ausencia de luz, o una luz insegura, en relación a los objetos que nos rodean. Pero cuando la luz se nos aparece y nos deja, y así repetidas veces, es todavía más terrible que la oscuridad total. Los sonidos inciertos son más alarmantes que un sonido total. Los ruidos de cualquier animal que sientan el dolor o un daño, son capaces de transmitir grandes ideas; a menos que sea la bien conocida voz de una criatura, que estamos habituados a despreciar. Los tonos de enfado de las bestias salvajes son igualmente capaces de causar una sensación grandiosa y terrible. En el texto analizado encontramos diversos ruidos que molestan y en muchas ocasiones atormentan a los personajes. En primera instancia, tenemos la presencia de los cuervos, los cuales juegan un papel primordial a la hora de incomodar a Gaspare Grimaldi como se muestra, a continuación:

“Lo único que escuchaba en medio de aquella oscura y hermosa vegetación era el sonido de las ramas desnudas de los árboles que chocaban las unas con las otras, y también los graznidos de cuervos blancos. Los pájaros eran de gran tamaño a diferencia

de otras especies que volaban por la zona y más inteligentes que cualquier otro animal. Eran muy molestos, sobre todo uno de ellos que siempre iba a su ventana y picoteaba el vidrio irrumpiendo su sueño. También solían posarse sobre las feas y temidas gárgolas de piedra que adornaban con resguardo las alturas del monasterio. Los cuervos las picoteaban e incluso dormían sobre ellas como si de esa manera se estuvieran imponiendo ante ellas. Él los ignoró como siempre, pero de reojo pudo ver como múltiples ojos se posaban sobre su cuerpo y seguían todos sus movimientos.” (39)

Los cuervos blancos, animales altamente inteligentes, juegan con la mente del protagonista en lo alto del campanario, pero este no pierde el tiempo y la oportunidad de poder deshacerse de uno de ellos. Y tras haber volado y quitado la nota del diario de Mors, coge rápidamente su arma y no duda en disparar reventándole la cabeza debido al impacto:

“Aquella emoción la sentía emanar de sus pequeños ojos de color rojo y ver reflejado su rostro en ellos, lo enardeció. No estaba de humor como para que un tonto pajarraco también jugara con él. Sin pensarlo dos veces sacó de detrás de sus pantalones una pequeña pistola, la cual siempre solía llevar consigo, y de un solo tiro le reventó la cabeza. Debido al estrepitoso sonido del impacto de la bala en el cuerpo del animal, una bandada de pájaros se escuchó graznar por los alrededores” (47)

Lo sublime es una idea que pertenece a la autoconservación; y que es, por consiguiente, una de las más afectivas que tenemos; que su emoción más fuerte es una medición de dolor; y que ningún placer derivado de una causa positiva le pertenece.

## V. LA FEALDAD

El infierno no es sólo ético y religioso, también es estético. Estamos inmersos en el mal y el pecado, pero también en lo feo. En este estudio descenderemos al infierno de lo bello. Karl Rosenkranz establece una analogía entre lo feo y el mal moral, del mismo modo, que el mal y el pecado se oponen al bien. Como nos presenta Burke, la naturaleza de la fealdad es lo contrario a la belleza. La fisonomía juega un rol primordial para producir el efecto de ciertas cualidades agradables de la mente al cuerpo. De tal manera que, para formar una belleza humana acabada, el rostro debe expresar cualidades amables y gentiles, correspondiente a la suavidad, la lisura y delicadeza de la forma exterior. Rosenkranz analiza minuciosamente tres tipos de fealdad: La natural, la espiritual y en el arte –expuesta como imperfección artística, es decir, lo feo es simplemente lo opuesto a lo bello entendido como armonía y proporción–. La descomposición está presente en *El Reino de Las Sombras* como una fealdad en sí misma. Y lo podemos ver cuando el personaje protagonista desciende por el angosto túnel hasta llegar a la alcantarilla de la ciudad. El desagradable olor golpea sus fosas nasales produciéndole náuseas y mareos. La suciedad reina en las profundidades, como también, animales agresivos que rondan buscando algo de comida. Los desechos de la ciudad son lanzados al hogar de Mors, quien convive con las ratas y cuerpos sin vida. También está presente la fealdad formal, la cual muestra el desequilibrio en la relación orgánica entre las partes de un todo. La ausencia de simetría y la deformidad son cualidades del ser inmortal, quien en constantes ocasiones ha intentado acabar con su vida mutilando su propio cuerpo, como se nos describe a continuación, después de haber sido invocado:

“Su pálida piel estaba dañada por múltiples heridas; algunas ni siquiera habían cicatrizado. Su espalda estaba en peor estado, sus omoplatos sangraban debido a dos

profundas heridas. Caminó, alrededor del círculo para poder observar mejor, pero lo que encontró fue mucho peor. Aquel extraño ser que no sabía de dónde había venido poseía un gran hueco en el lado izquierdo de su pecho” (54)

A través, de este personaje se nos presenta la forma de lo repugnante, el carácter demoníaco y satánico con el que es tratado. Se establece una analogía entre la descripción física del personaje y la moralidad con la que se le es tratado. Para Grimaldi, Mors es un ser despreciable tanto interna como externamente y lo trata como es debido. Merece ser torturado y humillado por su asqueroso aspecto físico y su mal moral al ser un nigromante.

La idea de dolor corporal también se hace presente en el texto. La angustia, el dolor y el tormento se adueñan de ambos personajes. En el comienzo nos encontramos Grimaldi, el abad quien tras encerrarse todas las noches en su habitación observa con cautela su cuerpo. Uno que ya posee sus años y que es imposible que luzca como cuando tenía veinte años. Esto le atormenta e incluso le produce asco el tener que tocar sus marcados pliegues de la piel, sus cicatrices y manchas. Odia su figura y desearía poder tener el control suficiente como para impedir la pudrición –como le llama él– de su cuerpo. Y, por otro lado, tenemos a Mors quien, tras arrancarse su órgano vital, lo esconde una pequeña cajita de cristal, para evitar tener que verlo todos los días. Su corazón aún con vida golpetea en la caja como si de esta manera le estuviera gritando que lo saque y lo devuelva a donde pertenece. El ruido de su palpitante órgano, lo aterra día y noche.

Tras haber analizado el concepto de leitmotiv, o repetición en la obra de Cesare Segre. Me parece necesario ahondar en el concepto de isotopía que también plantea en *Principios de análisis del texto literario* –introducido en lingüística por Greimas–, que se ve presente en la totalidad del texto. Este concepto indica la iteratividad a lo largo de una cadena sintagmática de clasemas, que corresponden a las unidades mínimas de significación

contextual, las cuales aseguran la homogeneidad del discurso enunciado. Greimas clasifica tres tipos de isotopías: En primer lugar, nos presenta la isotopía gramatical, la cual consiste en la repetición de elementos de la misma categoría gramatical. En segundo lugar, tenemos la isotopía semántica, la cual hace posible la lectura uniforme del discurso. Dando paso a una correcta lectura. Y, por último, tenemos la isotopía actorial que coincide con la anáfora – repetición–; y extiende el concepto a toda recurrencia de categorías sémicas. La noción de isotopía va a sugerir identidad, semejanza y pertenencia a una determinada cadena de significados. Con ellas se pretende determinar la coherencia y la significación de un relato o un texto. Asimismo, las isotopías permiten comprender un fenómeno macro semántico, que es lo que se relaciona con la cohesión del texto, a partir del descubrimiento de elementos en un nivel micro semántico; por medio de la repetición de semas, que en conjunto van a concluir las dimensiones sintagmáticas y paradigmáticas del texto. La isotopía es lo que va a determinar la línea temática o de significación que se va a seguir dentro del desarrollo de un relato o un discurso. Si examinamos los sinónimos de <<bello>> y <<feo>>, se ve que se considera *bello* lo que es bonito, gracioso, placentero, atractivo, agradable, agraciado, excelso, entre otras unidades. Mientras que lo *feo* es lo repelente, asqueroso, desagradable, sucio, terrible, fétido, terrorífico, nauseabundo, aterrador, espantoso, entre otras unidades. Son estos conceptos los que finalmente se dan coherencia y cohesión al texto *El Reino de Las Sombras*.



## JUSTIFICACIÓN

Las razones que motivaron esta investigación, además de mi interés personal sobre la narrativa gótica. Mi adoración hacia un pasado medieval, el cual es posible hacerlo presente por medio de descripciones oscuras y monstruosas. Es acercar este género a un estudio crítico y académico, ya que muchas veces suele verse desplazado o se le quita la importancia que tuvo, y sigue teniendo hoy en día en géneros literarios como el terror, la fantasía y el cosmicismo. La narrativa gótica no sólo dejó sus huellas en la literatura con *El Castillo de Otranto* –la tradición iniciada por Horace Walpole–, la desconfianza ante lo científico con *Frankenstein* de Mary Shelley o el orientalismo y la herejía con *El monje* de Matthew Lewis. Sino que también en el cine, inspirando a todas las películas de terror que hoy en día vemos en cartelera. Como lo expone Antonio García Ángel en su prefacio a *El Castillo de Otranto* lo siguiente:

“*El Castillo de Otranto* da las pautas para la existencia de otros castillos como el de Transilvania, donde vive el conde Drácula, y el de Estiria, adonde llega el carruaje desbocado de *Carmilla*; pero el texto de Walpole también marca las características de casa Usher, la vetusta mansión victoriana de *Una Vuelta de Tuerca*, las casas de campo en que mueren adolescentes del cine clase B, el lejano faro de *Vértigo*, la penumbrosa nave de *Alien*, *el octavo pasajero*, la Ciudad Gótica de Batman y los recovecos de Hogwarts” (9)

La escritura es algo que nos acompaña a todos quienes decidimos dedicarnos a la literatura, pero no es potenciado dentro del ambiente académico. Por lo que agradezco, a mis profesores guías, Sergio Caruman y David Wallace. Gracias por permitirme y motivarme a crear mi propio proyecto titulado, *El Reino de Las Sombras*. Texto creativo inspirado por

todas las magníficas obras que componen esta narrativa que, a pesar de los años, no sólo me han inspirado a mí, sino que diversas obras latinoamericanas de estos últimos años.

## CONCLUSIONES

El estudio realizado no pretende dar una única lectura al texto creativo *El Reino de Las Sombras*. Al contrario, una posible lectura, realizada por la autora. El estudio preliminar inicia con una breve descripción de la trama del texto, para luego, adentrarse a toda la tradición literaria que enmarca al objeto analizado. Su carácter histórico, arquitectónico y literario. Además, de los diversos motivos que conforman la narrativa gótica y de cómo estos se han ido repitiendo a lo largo de los años creando un género literario. Una de las preguntas que tenía antes de iniciar con este proyecto fue si sería posible encontrar los motivos de la narrativa gótica del siglo XVIII y XIX en el texto *El Reino de Las Sombras*. Bueno, la respuesta puede ser respondida finalmente, después de meses de investigación; y es que sí. Como pude dar cuenta, diversos motivos –el concepto trabajado con las definiciones de los autores Segre y Kayser–, fueron encontrados y analizados en el texto. Como por ejemplo el motivo del castillo como símbolo –por ejemplo, lo podemos ver en *El Castillo de Otranto* de Walpole–, y el monasterio como metáfora de desplazamiento al descenso de los infiernos – como los podemos ver en *El Reino de Las Sombras*–. Además, de todos los conceptos que conforman lo sublime según Burke. En el texto está presente el motivo de la luz por medio de diversos espacios. Tenemos, en primer lugar, la abadía, la cual era el hogar del personaje protagonista. Donde la poca iluminación predominaba en el interior, a diferencia, de la catedral donde él muchas veces fue a orar. La catedral siempre se encontraba iluminada por

muchas velas que rodeaban el altar. El motivo del color también lo encontramos en el texto. Tal cual, nos expuso Burke en su texto *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, hay colores que fomentan el placer de lo sublime. Eso no lo encontramos en colores chillones como lo son el amarillo, verde, rojo, entre otros. Por el contrario, la belleza de lo sublime la encontramos en colores oscuros como el azul, el marrón, el negro y el morado. En *El Reino de Las Sombras*, predomina el color negro. Toda la historia transcurre de noche, lo cual permite tener los sentidos trabajando al cien por cien. El personaje protagonista está atento a cualquier ruido y olor, sobre todo después de descender a las profundidades de la ciudad. Tras bajar, su vista se vuelve vulnerable, ya que se encuentra en total oscuridad y lo único que tiene consigo para iluminar algo, es una pequeña lámpara de keroseno. La noche y la oscuridad juegan un rol importantísimo a la hora de producir lo sublime. Porque uno de los sentidos se ve interferido por el ambiente; y es el de la visión. Gaspere a medida que camina por estas sucias y oscuras alcantarillas, no sabe lo que hay más allá de lo que su vieja lámpara puede alumbrar. El olor es otro factor importante. Las profundidades de la ciudad de Supra son un lugar muy sucio, donde habitan extrañas criaturas y el olor a putrefacción es insoportable. Gaspere debe detener su marcha, para vomitar, debido a las múltiples náuseas que siente al ver a ratas devorándose entre ellas. Como también la fealdad, en la cual tenemos a los dos personajes siendo atormentados por su cuerpo y apariencia física. Uno de ellos odiando el paso del tiempo, detestando sus líneas de expresión y manchas. Y, el otro, detestando tanto su vida inmortal que intenta acabar con ella de muchas maneras. La peor de todas es cuando decide automutilarse arrancándose su órgano vital, pero tras no conseguir la muerte un gran hueco en el pecho lo acompañará hasta la eternidad.

Disfrutar de esa dosis de terror que todos necesitamos y que nos produce en un inicio miedo, luego se transforma en placer. Pero cómo es posible que el miedo se transforme en satisfacción, se transforma gracias a las pequeñas dosis de terror. Burke expone algo que es maravilloso, como todo en la vida, el exceso no funciona. Para poder experimentar tales emociones es importante hacerlo con escasas dosis de terror –las cuales, luego se transformarán en satisfacción–, para que este no se transforme en horror.

Finalmente, pudimos dar cuenta de los motivos, como también de Lo Sublime gracias a los personajes y las descripciones de sus dolorosas vidas e infiernos que cada uno de ellos tuvo que vivir.

## BIBLIOGRAFÍA

Baldick, Chris. *The Oxford Book of Gothic Tales*. Oxford: Oxford University Press, 1993.

Burke, Edmund. *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Madrid: Tecnos, 1987.

Eco, Umberto. *Historia de la fealdad*. Barcelona: Lumen, 2007.

Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y del arte*. Barcelona: Barcelona : DeBolsillo, 2004.

Kant, Immanuel. «¿Qué es la Ilustración?» Kant, Immanuel. *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* Madrid: Alianza Editorial, 2004. 83-93.

Poe, Edgar Allan. «El Retrato Oval.» Poe, Edgar Allan. *Narraciones Extraordinarias*. Barcelona: Editorial Alma, 2017. 383-386.

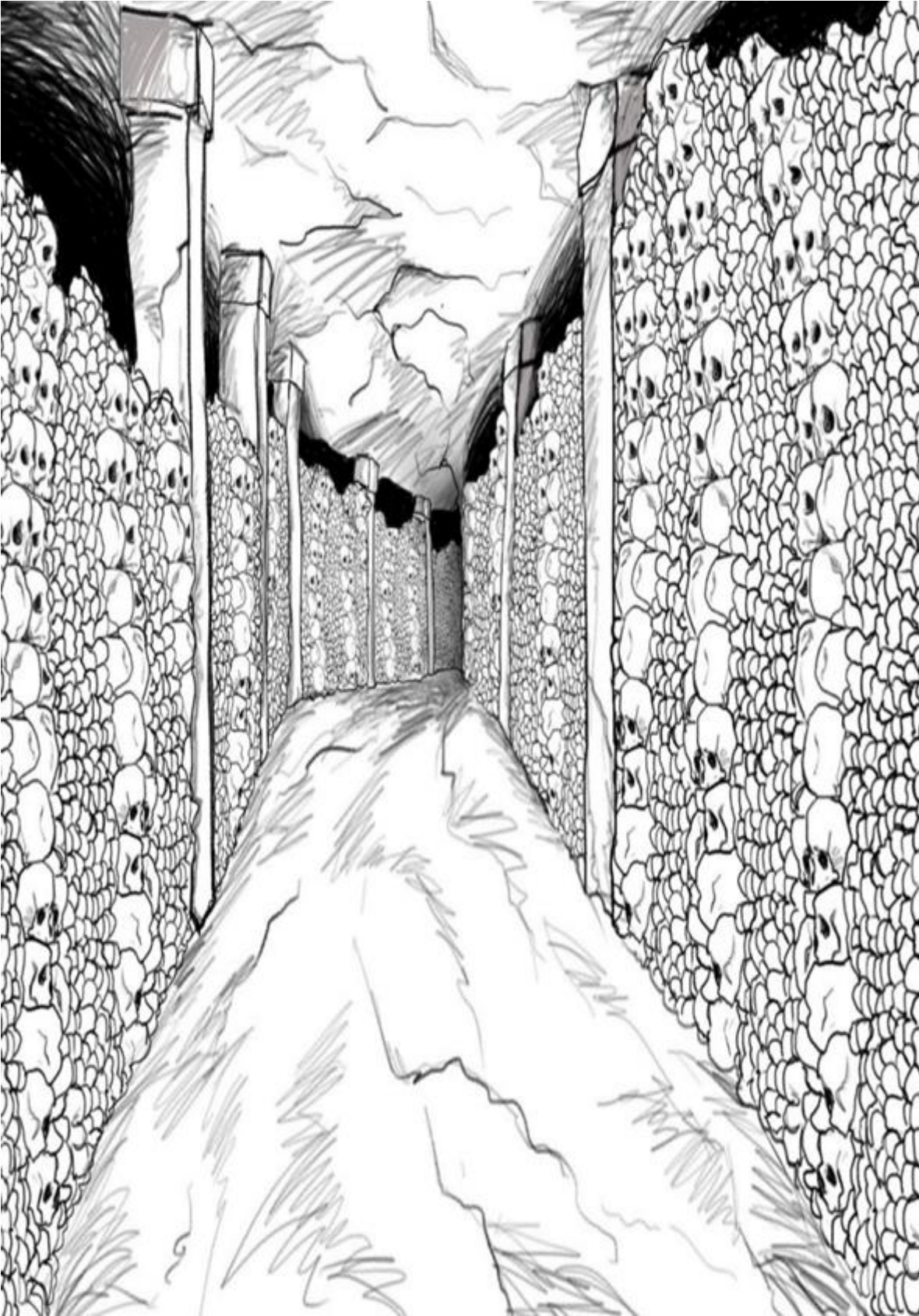
Segre, Cesare. *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Crítica, 1985.

Vega, Carlos Javier Taranilla de la. *Breve historia del Gótico*. Madrid: Ediciones Nowtilus, S.L., 2017.

Walpole, Horace. *The Castle Of Otranto*. London, 1764.

Wolfgang, Kayser. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid: Gredos, 2010.

**ANEXO 1: *EL REINO DE LAS SOMBRAS.***



# EL REINO DE LAS SOMBRAS.



Katherine Levillán.

Ilustraciones de Paula Castillo.



¡Cómo me horroricé al verme reflejado en el estanque transparente!

En un principio salté hacia atrás aterrado, incapaz de creer que era mi propia imagen la que aquel espejo me devolvía.

Mary Shelley, *Frankenstein*.

No todo comenzaba en el mundo de los vivos, donde los mortales creían que gozaban de libertad absoluta para controlar sus propias vidas. En el que cada mañana debían enfrentarse a un nuevo presente lleno de angustias, guerras y soledad. Su presencia en el Arriba sólo era momentánea, algo pasajero, como una especie de producto fabricado que cuenta con fecha de elaboración y caducidad. Un temporizador en el cual, los números en retroceso cambiaban a toda velocidad amenazando constantemente con llegar al punto de inicio: al cero. Una materia que mientras se mantenía en la superficie —alejado de sus creadores—, se encontraba en constante descomposición hasta que esta cumplía con la fecha de vencimiento y todos debían descender a saldar sus deudas. —¿Dónde?— en el Abajo,

pero hay quienes se negaban a bajar por el oscuro túnel de la alcantarilla. Repudiaban la idea de que su paso por el mundo fuera efímero y que ni en los recuerdos serían capaces de sobrevivir, ya que estos eran olvidados debido al paso del tiempo y las descendencias; pero esto era algo que Gaspare Grimaldi no estaba dispuesto a pasar.

No existía noche en que no observara su desnudo reflejo en el espejo de cuerpo completo que yacía colgado en una de las paredes de su habitación. Pasada la media noche, luego de un día monótono, se encerraba en su habitación y se desvestía deshaciéndose de la túnica de color negro que debía vestir por desgracia todos los días. La colgaba en el perchero que había martillado en la puerta para evitar que la prenda se arrugara o manchara. La verdad era que poco le importaba a él si la prenda se ensuciaba. Uno de los deseos que lo había acompañado desde el primer día que ingresó al monasterio era el de lanzar aquellas túnicas a la basura para que el camión se las llevara y fueran quemadas junto a otros residuos en el centro de la ciudad —como suelen hacerlo cada viernes—. Continuando con la tarea, se quitaba los zapatos, desabrochaba su camisa al igual que sus pantalones, y cuando ya se encontraba totalmente desnudo, en la intimidad de su habitación, donde la única iluminación que se le permitía tener era una pequeña y antigua lámpara de keroseno. Era bastante poco lo que alumbraba, pero lo suficiente como para darse cuenta de los estragos que estaba sufriendo su cuerpo. Las diversas enfermedades que ya poseía no sólo estaban deteriorando sus órganos internos -como sus pulmones debido a las excesivas dosis de nicotina que inhalaba a diario-, sino que también estaban haciendo estragos en su apariencia física y era ello lo que más detestaba. Su cabello había caído y la pérdida de peso era cada vez más evidente. La piel se les apegaba a los huesos como una especie de goma de mascar. Tanto las costillas como las vértebras de la columna podían ser contadas con los dedos de su mano. Pero sin duda lo que más odiaba ver, eran los diversos pliegues que surcaban su rostro debido a sus ya sesenta

años. Primero, recorría sus arrugas, lentamente una y otra vez acariciándolas, como si de esta manera pudiera comunicarse con ellas y en secreto les susurraba o, mejor dicho, les rogaba que se fueran, que no las necesitaba y que ni mucho menos las quería con él. Pero a pesar de las constantes muestras de rechazo que solía expresarles, estas no se marchaban, al contrario, permanecían ahí. Lo que más le preocupaba a Gaspare era que a medida que el tiempo pasara, los estragos serían cada vez peor y odiaba no poseer el suficiente poder como para controlar su propio cuerpo. Así que empleando toda su fuerza y rabia acumulada estiraba la piel de su rostro, a tal punto de sentir dolor, pero esto no le importaba, se negaba a abandonar la acción. Quería ver, aunque fuera por unos segundos, su piel tersa, tal como lo era antes de que cumpliera los treinta años. Aquella juventud que nunca volverá. Necesitaba ver la falsa ilusión de haber expulsado las arrugas de su templo, que ya no vivían más en él como una especie de parásitos. Él era su dueño, su cuerpo le pertenecía y tenía todo el derecho a reprocharles su existencia y exigirles que se marcharan para siempre. Pero al momento de liberar su rostro del fuerte tirón y dejar caer los brazos a sus costados; los pliegues rápidamente volvieron a formarse para mofarse de él.

Ahora observó sus manos completamente enguantadas en cuero y dudó en desprenderse de aquella gruesa tela que lo protegía de la realidad y lo resguardaba del escrutinio social que sufriría si algún miembro de la abadía las viera. Es por eso que hace cinco años había tomado la decisión de salir de su cuarto siempre con las manos enguantadas, para que nadie —incluyéndolo a él también— las pudiera ver. Le avergonzaban y sobre todo le producían un profundo rechazo, debido al asco que les tenía y a las náuseas constantes que siempre le producían al verlas, pero aun así se quitó los guantes y las observó detenidamente. Estas se encontraban completamente destruidas, cicatrizadas debido a los diversos cortes que se había ocasionado para intentar eliminar las manchas de color caqui que habían comenzado

a aparecer hace algunos años. Le hacían recordar a las manos de Nani, la mujer que había trabajado en la casa de sus padres y que debido a las diversas labores domésticas que realizaba; sus manos también poseían esas manchas y las venas le sobresalían como si en cualquier momento fuesen a explotar. Siempre las encontró feas, muy poco femeninas, ya que nunca la vio portar ningún tipo de joyería o pedrería que adornara sus manos. Pero al parecer a Nani nunca le importó que sus manos se vieran desastrosas, porque solía exhibirlas con orgullo a todas las personas que visitaban el hogar.

En un inicio, para evitar que su piel quedara con marcas, Gaspare probó con la dermatología, su médico le había recomendado unas cremas las cuales, supuestamente le ayudarían a reducir el color y hasta incluso eliminar las cicatrices. Todas las noches antes de irse a dormir aplicaba con total paciencia y delicadeza los cosméticos. Pero luego de unos meses al no obtener ningún resultado positivo del tratamiento, se dio cuenta que había lanzado su tiempo y dinero al tacho de la basura. Y ahora que tuvo el valor para volver a mirarse, se dio cuenta que poseía más manchas y las marcas que en un inicio habían sido de color rojo carmesí, ahora eran blancas y poseían textura. Con tal solo mirarlas, podía sentir y recordar todo lo que había sucedido aquella noche en la que se hizo daño. La liturgia había terminado y ya se encontraba increíblemente cansado de todo, incluso de lo que algún día él creyó que fue su vocación. Ya no lo disfrutaba y estaba harto de tener que compartir con personas que ni siquiera le agradaban. Por lo que entró a su habitación frustrado. Se dirigió al baño. He intentó olvidar todo aquello con una fría ducha de tina. Pensó que el agua le ayudaría a relajarse y quizás también para aclarar sus ideas con respecto a continuar o no en el monasterio, pero de repente, su mirada se topó con aquella arma punzante que había dejado encima del retrete. Sin pensarlo, la cogió entre sus manos y comenzó a tocarla con delicadeza, pero sin darse cuenta ejerció un poco de presión produciendo un pequeño corte. Jamás pensó

que aquel gesto desataría en él dos sentimientos tan opuestos; el dolor y la satisfacción. Dirigió la mirada hacia sus manos, las cuales no dejaban de temblarle y nuevamente sin pensarlo dos veces, realizó diversas incisiones en la piel. La sangre se hizo presente y el agua cristalina de la bañera rápidamente comenzó a cambiar a un rojo vivo. Las horas pasaban y Gaspare se negaba a salir de la bañera, había apoyado su cuello en la cabecera de la tina y lentamente comenzó a sumergirse hasta que su cuerpo estaba completamente sumergido en la bañera. Lo único que podía ver era el tono rojizo del agua. Cerró sus ojos con fuerza y contuvo la respiración, quería soltarla y ahogarse en su propia sangre, pero alguien lo interrumpió tocando la puerta de su habitación, y lo devolvió a la realidad. Tuvo que salir rápidamente de la ducha y desde el baño contestó donde había dejado las velas —las necesitaban para la liturgia de mañana—. Al día siguiente no hubo persona que no le preguntó sobre qué les habían ocurrido a sus manos, las cuales cubrió con gasa. La excusa que dio, fue que había sido atacado por una bandada de cuervos que habitaban a los alrededores del bosque en el que se encontraba el monasterio.

Nuevamente, volvió a cubrirse sus manos, no deseaba verlas, ni mucho menos exhibirlas. Observó el reloj que colgaba en la pared sobre el cabecero de la cama, el cual marcaba las cero horas, ya era medianoche, por lo que debía vestirse como cualquier civil y partir rumbo a la dirección que le había entregado uno de los miembros del personal que trabajaba en la Abadía del Monte de Supra. Fue fácil sacarle la información, las paredes escuchan y guardan todos los secretos que esconde la vida entregada a dios.

Tras abandonar la habitación sin antes asegurarse de dejarla cerrada con llave. Caminó en completo silencio por los interminables y oscuros pasillos del lugar que se habían transformado en su hogar, pese a poseer grandes ventanas protegidas con barrotes de hierro y doble rejilla. La luz de la luna no era capaz de colarse entre toda esa seguridad. Los primeros

días le fue difícil orientarse, no estaba acostumbrado a permanecer con poca iluminación, solía perderse por el camino y en muchas ocasiones ingresó por accidente a habitaciones que hubiese deseado nunca haber ingresado. Oscuras verdades se escondían tras las puertas de las habitaciones de los monjes. Cuando recién fue ingresado a la abadía lo primero que hizo, después de dejar las pocas pertenencias que había traído consigo; fue a explorar el lugar. Nunca estuvo en sus planes encerrarse en un antiguo monasterio, aislado del mundo y desconectado de toda vida social para dedicarle su vida en cuerpo y alma a dios. Si alguien le hubiese dicho que se terminaría convirtiendo en el Abad de Supra, jamás lo hubiese creído. A sus dieciocho años era un joven bastante simple, tímido y reservado —en gran parte por el fuerte temperamento que su padre tuvo—. Hablando de su progenitor, él odió el hecho de que su única descendencia decidiera convertirse al sacerdocio y no sirviendo en el ejército como él, quien era un comandante muy reconocido. Durante las cenas, que solían durar horas, su padre lo cuestionaba, por qué no seguir un camino lleno de honor, placer y reconocimiento. Pero Gaspare nunca fue capaz de responderle. Como todas las noches, después de quedarse sólo en la alargada mesa de roble oscuro, ya que su padre siempre después de acabar su comida, no le interesaba si su hijo había terminado de comer, tan solo se retiraba del salón en completo silencio y se encerraba con llave durante toda la noche. Siempre que se quedaba sólo reflexionaba sobre su futuro, pronto cumpliría la mayoría de edad y tendría que irse de la casa. Solía pensar a qué se podría dedicar por el resto de su vida —ya sea corta o larga—, pero si era sincero consigo mismo, no existía nada que le apasionara. Lo más lógico y lo que su familia esperaba, era que él continuara el camino de la milicia, por lo que comenzó a hacerse la idea, y en cierto punto a convencerse que el mundo de las armas le interesaba. Fue así como aprendió a empuñar y disparar. Todos los días después de la escuela, se encerraba durante horas en el sótano de su casa, hasta que escuchaba gritos, los cuales le avisaban que

era hora de comer. Desde que su madre se había ido, su padre había dejado de tener cuidado con el uso de armamento en espacios cerrados. Las dejaba en cualquier sitio, ya sea sobre la mesa del comedor, en la cocina o en la sala de estar. Por lo que él, al verlas las escondía entre sus ropas y se las llevaba al sótano —su padre siempre se encontraba lo suficientemente borracho como para recordar dónde las había dejado—. Abajo las escondía en un baúl de madera que se encontraba detrás de una enorme máquina trituradora de carne, la cual siempre permanecía cubierta con una bolsa de basura. En ese lugar, ni siquiera limpiando, encontrarían su baúl. Aquella trituradora les había pertenecido a sus abuelos, pero tras morir el matrimonio, todos los hermanos —entre ellos incluido su padre—, fueron a la vieja finca y tras acordar venderla revisaron la propiedad para ver qué cosas podían llevarse, ya sea objetos de utilidad o de recuerdo. Lo único que trajo consigo fue aquella trituradora, ya que uno de los pasatiempos que más disfrutaba realizar era cazar —acción que él también heredó—, por lo que le sería útil a la hora de cortar la carne de ciervo y envasarla para conservarla en refrigeración durante meses. Ambos solían ir de caza o a pescar, a pesar de que disfrutaban de ese pasatiempo, no era mucho lo que conversaban. Gaspare trataba de hacer lo posible para complacerlo y agradarle, pero a pesar de hacer todo lo que él dijera, no le dirigía la palabra por más de cinco minutos. Su madre era altamente de voto cristiano, había realizado todos sus sacramentos y por esa misma razón a pesar de que su padre solía tratarla mal, ella se negaba a divorciarse. Ella creía en el amor y en el matrimonio. Se casó enamorada, a diferencia de su padre, quien se vio presionado por su familia para contraer nupcias con aquella mujer que había dejado encinta. Él nunca la quiso, la culpaba del embarazo y de arruinarle la vida, pero a pesar de las contantes humillaciones ella siempre se negaba a dejar a su padre. Hasta que un día tomó la decisión de irse tras una fuerte discusión. Al principio tenía la esperanza que su madre pisara el umbral de la entrada, se sentaba todas

las tardes a esperarla, pero luego de unas semanas y tras ser castigado por pasar horas sentado en la escalera, dejó de esperarla. Por aquel tiempo renegó toda su fe, ya que era una de las cosas que más le hacían recordar a su progenitora y le hacía sentir atado a ella. La extrañaba mucho, pero aquello era algo que jamás iba a admitir. Quería odiarla y a veces creía que lo conseguía, pero por pequeños momentos volvía aflorar aquel recuerdo y tristeza. Después de largos meses, cuando la rabia se había convertido en aflicción, se dio cuenta que en verdad necesitaba estar cerca de ella, tenerla a su lado; aunque no fuera de manera física. Por lo que comenzó a visitar todos los días la catedral del centro de la ciudad. Cuando era pequeño solía ir con su madre todos los domingos y con eso le bastaba. Siempre le habían aburrido los sermones y cuando su ella se fue nunca más volvió a pisar la casa del señor. Pero tras reencontrarse con la religión, pasaba horas hincado frente al altar. Lo único que iluminaba el sombrío y silencioso lugar eran las velas que rodeaban a un cristo ensangrentado. Tras pedir por su madre —a pesar de todo esperaba que ella se encontrara bien de salud—, se acercaba al viejo órgano que yacía a un rincón de la catedral y tocaba hasta que se hacía de madrugada. Mientras tocaba con delicadeza las teclas de aquel instrumento, recordaba todos los momentos vividos. Las tardes de juegos y las noches de cocina antes de ir a la cama con un cuento y un beso de mamá. Aquella catedral se transformó en su refugio donde podía esconderse de la violencia de su padre y resguardarse en los recuerdos de su madre.

Hoy en día, ya conocía de memoria el camino hacia la salida, por lo que no le hacía falta ningún tipo de iluminación, a pesar de que las infinitas escaleras de piedra se encontraban siempre, ya sea de día o de noche, iluminadas por candelabros. Nunca le había gustado la decoración del lugar, tan fría y desolada sin ningún ápice de color, todo sobrio y rústico de madera y piedra. De los cuarenta y dos años que llevaba viviendo en aquel lugar, no recordaba que hayan realizado un cambio de diseño. La ostentidad y el lujo estaban



vetados, a pesar de que mucho dinero por parte del gobierno de Supra ingresaba a la abadía. Ni siquiera, los cuadros con distintas escenas bíblicas —evadiendo las que contenían figuras zoomórficas— habían sido cambiados de lugar. Las tres capillas que conformaban el interior del lugar eran utilizadas con frecuencia por lo que eran los únicos lugares que solían ser limpiados y un poco decorados, las velas eran cambiadas según el color que correspondía, como en aquella ocasión que, al pasar por las afueras de estas, el mantel sobre el altar era de color morado, al igual que la vela, la cual siempre debían encontrarse encendida, pero por alguna extraña razón esa noche lo estaba.

Al llegar al primer piso se dirigió a la cocina y salió por la puerta trasera, ya que sabía que era la única puerta que nunca era cerrada. Las personas que trabajaban ahí como los cocineros y jardineros solían irse sobre las diez de la noche y llegaban a eso de las seis de la mañana, por lo que decidieron dejar aquella estrecha puerta de madera sin cerradura. Al salir una ráfaga de viento lo recibió. Inconscientemente envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo intentando protegerse del frío. La temperatura en la colina era mucho más baja que en la ciudad, ya que se encontraba como en una especie de zanja entre las montañas que la rodeaban. Esa era una de las situaciones que más destetaba, nunca fue un gran fanático del frío, pero desde lo ocurrido aquella tarde de invierno, en el jardín de su casa, en el que escasos copos de nieve caían del cielo; lo comenzó a odiar con más razón.

Observó el cielo que estaba totalmente nublado, las estrellas no eran visibles y la luna poco a poco era tapada. El jardín estaba cubierto por una espesa neblina la cual dificultaba su visión. Lo único que escuchaba en medio de aquella oscura y hermosa vegetación era el sonido de las ramas desnudas de los árboles que chocaban las unas con las otras, y también los graznidos de cuervos blancos. Los pájaros eran de gran tamaño a diferencia de otras especies que volaban por la zona y más inteligentes que cualquier otro animal. Eran muy

molestos, sobre todo uno de ellos que siempre iba a su ventana y picoteaba el vidrio irrumpiendo su sueño. También solían posarse sobre las feas y temidas gárgolas de piedra que adornaban con resguardo las alturas del monasterio. Los cuervos las picoteaban e incluso dormían sobre ellas como si de esa manera se estuvieran imponiendo ante ellas. Él los ignoró como siempre, pero de reojo pudo ver como múltiples ojos se posaban sobre su cuerpo y seguían todos sus movimientos. Continuó su camino por el cementerio, pasando entremedio de lápidas que bajo tierra escondían los restos de miembros de la iglesia que habían fallecido. Flores marchitas, sin color adornaban cada piedra tallada con el nombre de la persona que yacía bajo tierra. No muy a lo lejos observó estacionado su vehículo, se acercó rápidamente y se subió. Encendió el motor y partió a toda velocidad hacia la avenida principal de la ciudad de Supra.

El viaje que debía haber durado unas dos horas, las redujo a tan solo cuarenta y cinco minutos, gracias a que la carretera se encontraba vacía a esas horas de la noche. Al llegar a la entrada de la ciudad, reconoció de inmediato las calles, a pesar de que no habían pasado muchos años de la última vez que visitó aquella avenida. Tras pasar por diferentes calles y enumeraciones halló por fin la dirección anotada en el papel. Era una casa no muy grande de arquitectura victoriana y un poco vieja. No tenía reja de protección por lo que se bajó del auto y caminó decidido por el ante jardín. Tocó la puerta y esperó unos segundos, pero nadie salió a abrir. Era extraño ya que las ventanas se encontraban iluminadas, eso quería decir que los habitantes de aquella casa se encontraban ahí dentro. Volvió a tocar, pero no obtuvo respuesta, dudaba si quedarse a esperar en el pórtico de la extraña vivienda rodeada de vegetación seca a que alguien apareciera. Se acercó a una de las ventanas para tratar de ver si se encontraba alguien, pero al interior de la casa no ocurría ningún movimiento, comenzó a forcejear para intentar abrirla hasta que alguien lo interrumpió.

—¿Quién es usted? —Preguntó alguien tras de él. Inmediatamente dio media vuelta y se encontró con un hombre de avanzada edad, quien sostenía en su mano derecha un manojó de llaves.

<<Acaso podía ser el hombre del que tanto le habían hablado>>, pensó y se acercó a él y le tendió su mano en forma de saludo, pero no obtuvo respuesta, al contrario, el hombre solo lo miró de arriba abajo. Paso sus manos con nerviosismo sobre su ropa y le preguntó: —¿Usted es el dueño de esta casa?

—No, yo solo vengo a cuidarla por las noches —le respondió el señor quien se acercó a la puerta y la abrió.

—¿Y el dueño?

—Murió —dijo encogiéndose de hombros restándole todo tipo de importancia a la noticia que le acababa de dar.

—¿Cómo qué murió? ¿hace cuánto?

La noticia le llegó como un balde de agua fría. No podía estar muerto, aquel hombre del que tanto había escuchado y leído en las escrituras prohibidas no podía morir. Se suponía que era un ser dotado de inmortalidad que había desafiado las leyes del orden natural de las cosas y había conseguido lo que muchos anhelaban. Era la única persona que podía ayudarlo y sacarlo de la miseria en que estaba. Pero con esa respuesta comprendió el estado deplorable en el que se encontraba la casa y el jardín.

—No lo sé, hace unos tres meses me asignaron para cuidar esta vivienda, pero por lo que me han comentado mis compañeros, el dueño no andaba en muy buenos pasos. No me sorprendería que haya muerto por un ajuste de cuentas.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque era un tanto extraño —el hombre se apoyó en el umbral mientras jugueteaba con las llaves—. ¿Usted lo conocía? —le preguntó.

—Si —mintió—, pero hace unos meses perdimos el contacto y esperaba encontrarlo nuevamente aquí. No sabía de la lamentable noticia. ¿Sería posible que yo pudiera ingresar al lugar? —preguntó con duda.

—¡Sí claro! —le respondió de inmediato y ambos ingresaron— de todas formas, esta casa será demolida la próxima semana —le informó.

—¿Por qué?

—No lo sé, mis jefes me informaron que las autoridades dieron el visto positivo para destruirla por completo. Al parecer quieren vender el terreno y construir una edificación más moderna.

—¿Y la destruirán con todas las cosas dentro?

El viejo asintió.

A Gaspare le sorprendió que mandaran a derrumbar la antigua casa. A pesar de no estar en buen estado, podrían mandar a restaurarla y venderla por el doble de su precio original. Además, es la única casa del vecindario construida con ese tipo de arquitectura, destruirla sería un verdadero lamento.

—Pero si quiere puede llevarse cosas. Yo he venido algunas noches con mi hijo y nos hemos llevado muebles y objetos de valor.

El hombre comenzó a revisar los cajones en busca de algo de valor que pudiera llevarse, de todas maneras —según su palabra— la casa sería destruida y todo esto se convertiría en escombros y basura. A Gaspare no le interesaba nada de valor monetario, lo único que necesitaba era encontrar el libro que el ser inmortal utilizaba para realizar todas sus fechorías. El diácono con el que había hablado le informó que el practicante utilizaba un

diario con encuadernación rústica. Así que se acercó a la gran biblioteca que había en la sala de estar y buscó un libro que tuviera las características descritas por el diácono, pero de todos los libros que se encontraban sobre las repisas, no halló ninguno. Volvió la mirada al viejo, quien estaba completamente emocionado contando los billetes que había encontrado detrás de un cuadro. Por lo que aprovechó la distracción y subió las escaleras de madera con sigilo para no llamar la atención del cuidador.

Ingresó a la primera habitación y cerró la puerta tras de él. Lo primero que observó fue un cuadro fotográfico que reposaba sobre una desteñida mesita de noche. Se acercó a él y lo cogió para observar con mayor cuidado. Un niño de cabello oscuro estaba en brazos de un hombre de traje, que seguramente sería su papá, aquella fotografía le confirmó que había ingresado a la habitación correcta. Regresó el pequeño cuadro donde estaba y continuó analizando la habitación. No era de gran tamaño, pero tanto los muebles como algunos objetos se encontraban ordenados, exceptuando los cajones del tocador, seguramente habían sido revisados por el cuidador. La cama estaba perfectamente estirada y la ropa del armario ordenada según el color de la prenda. <<*Pero dónde estaba el maldito libro*>> si era verdad que la única persona que había ingresado a la casa era aquel sujeto que se encontraba en el primer piso, el libro debía estar aquí. Revisó la cama y debajo de las almohadas. Los cajones y entre la ropa, pero nada. Hasta que ingresó al baño personal de la habitación, y encontró detrás del retrete, escondido dentro de una de las tablas de madera que se encontraba suelta, el famoso libro. Lo primero que hizo fue guardarlo dentro de su abrigo y se dirigió con rapidez a la salida principal. Miró por última vez el interior de la casa y el viejo que supuestamente le pagaban por cuidar la vivienda ya no se encontraba en el lugar. El silencio reinaba y las luces que hace algunos minutos iluminaban cada rincón del lugar se habían apagado. Lo que en un inicio había parecido un hogar, en unos segundos se había vuelto un

escenario espeluznante y para nada agradable. Ya no quería permanecer ahí, por lo que subió al coche y partió rumbo al monasterio.

Al regresar a su hogar lo primero que hizo fue subir a lo alto de la abadía donde estaba el campanario. La vista que ofrecía aquel lugar era majestuosa e intimidante. El bosque que protegía el templo de cualquier intruso se veía diminuto desde arriba, al igual que las pequeñas casas que reconocía a lo lejos. Se sintió superior y con el suficiente poder para realizar cualquier acto. El mundo se encontraba a sus pies. Le pertenecía y con un solo gesto podía destruir todo a su paso. Se sentó sobre un pequeño taburete que siempre permanecía ahí, ya que era utilizado por el campanero, quien también era el encargado de dar mantenimiento al reloj de la ciudad. Desde que había nacido podía confirmar que las manecillas de aquel enorme reloj de color dorado nunca habían parado. Abrió su abrigo y dentro de él sacó el famoso libro del que tanto había escuchado hablar. No podía creer que lo tuviera en sus manos. Ahora era suyo y podía hacer lo que quisiera con él. Lo tocó con extremo cuidado, se veía que era muy antiguo y tenía miedo de dañarlo. Observó la portada y la contraportada, quizás podría hallar algún tipo de información, y así fue. Una palabra, tan solo una pequeña palabra se encontraba estampada en el extremo inferior de la portada: *Mors*. Pasó su mano letra por letra para dar cuenta de aquel nombre, ese era el nombre de la criatura y no era un libro, era su diario personal. Al abrirlo se encontró con diversas hojas que estaban cosidas las unas a las otras, eran de un color amarillo y la mayoría de ellas estaban rotas. El diario poseía al menos una década de antigüedad y de eso estaba seguro ya que al trabajar todos los días con textos antiguos, había aprendido a reconocer aproximadamente la vetustez que poseía cada texto. Una hermosa caligrafía escrita a tinta en conjunto con extraños garabatos, adornaban cada espacio del papel, no dejando nada en blanco.

Comenzó a leer con atención.

*Los hombres y mujeres vienen al mundo por la gracia de Dios, un nacimiento es símbolo de bendición para el hogar, pero la muerte... la muerte es vista como una desgracia para algunos, pero para otros un consuelo, una esperanza para poder descansar y acceder al reino de los cielos. Lo que no saben los civiles de Supra, es que al final todos terminarían cayendo a las profundidades más hostiles y decadentes. La vida no es justa y nunca lo será, pero todos en algún momento después de la muerte buscarán venganza en el reino de Las Sombras.*

*<<¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Qué era el reino de Las Sombras? ¿Dónde quedaba ese lugar en el que decía que había caído?>>* Diversas preguntas comenzaron a aparecer y golpear fuertemente en su conciencia. Lo único que podía asegurar es que el extraño ser inmortal existía y se encontraba en algún lugar escondido. Saltó algunas páginas que poseían dibujos un tanto extraños y macabros. Figuras amorfas colgadas desde un techo, intestinos siendo devorados por ratas y cráneos con forma humana.

Continuó leyendo.

*Me condenaron en cuerpo y alma a sufrir hasta la eternidad las consecuencias de una guerra que no inicié. Peleé por la historia de un imperio que no dudó en darme la espalda. Desde aquel momento, cuando los espíritus atravesaron la espada, mis sueños se transformaron en muerte. Mis lágrimas en ríos de desesperación. Y mis venas se desangran sobre el cofre de cristal que resguarda mi corazón. ¡Oh qué espanto! Su palpitación me invade por completo y atormenta mi alma. No me permite pensar con*

*claridad hasta el punto de lanzarme al abismo. ¡Oh Dios libérame de este sufrimiento!*  
*Te lo ruego.*

Tras terminar la lectura unos trazos sin ningún orden llamaron su atención. Al principio no los entendió, pero a medida que iba girando el diario dio con una figura que se le hizo familiar. Una estrella de ocho puntas dentro de una circunferencia. Era apenas visible, pero estaba allí. Trató de recordar el momento en que había visto aquel símbolo ¿Había sido en un libro o quizás en una fotografía? No lo sabía. Continuó con las siguientes páginas, pero solo se encontró con dibujos de una espada, la cual era muy curiosa, ya que poseía en el filo de su cuchilla inmortalizados diversos rostros agónicos. Podía ver el dolor y la agonía con que habían sido dibujados. También trazos que no detallaban ninguna figura en particular, se notaba que algunos habían sido realizados con lentitud y otros hechos con total agresividad. Por medio de estas páginas se podía dar cuenta el inestable estado mental en que se encontraba la persona que los había hecho. Mentiría si dijera que se encontraba satisfecho con lo que había encontrado. Poco o nada le importaban los pensamientos y sentimientos de un hombre que por culpa de sus pecados había caído en la locura.

La ira comenzó apoderarse de él.

Se levantó del banco y con fuerza lanzó el diario contra la muralla de piedra. No había viajado hacia el centro de la ciudad, soportado tener una conversación con un ordinario sujeto para no encontrar nada útil. Jamás debió haber confiado en las palabras de aquel empleado que ya ni su nombre recordaba. Se arrepentía de no haberlo anotado, porque ya mañana habría sido expulsado, con tan solo una orden suya podía sepultar la formación sacerdotal de cualquier miembro de la institución. Él era el Abad Gaspare



Grimaldi y no toleraría que ningún recién llegado se riera en su cara. Pero cuando ya estaba a punto de retirarse hacia su habitación para intentar dormir, aunque sea un par de horas antes que amaneciera y el maldito reloj comenzara a sonar. Un cuervo de plumas blancas y brillantes se posó sobre una de las campanas. Lo observó fijamente y antes de que pudiera espantarlo —un día de estos cogería el arma que siempre lleva consigo y los mataría a todos a tiros—, el pajarraco voló hacia el lugar donde él hace unos minutos había estado sentado leyendo, y del suelo con su pico recogió una nota. Se volvió a posar sobre la campana más grande y de ahí lo observó con total desafío. Aquella emoción la sentía emanar de sus pequeños ojos de color rojo y ver reflejado su rostro en ellos, lo enardeció. No estaba de humor como para que un tonto pajarraco también jugara con él. Sin pensarlo dos veces sacó de detrás de sus pantalones una pequeña pistola, la cual siempre solía llevarla consigo, y de un solo tiro le reventó la cabeza. Debido al estrepitoso sonido del impacto de la bala en el cuerpo del animal, una bandada de pájaros se escuchó graznar por los alrededores. Su rostro había quedado cubierto de sangre del animal, pero no le importó fue directo a recoger la nota que el cuervo le había intentado robar. No se molestó ni siquiera en limpiarse el rostro, lo primero que hizo fue leer la nota y al hacerlo se encontró con el siguiente enigma:

*“Por cada sangre derramada, una herida.*

*Por cada herida cicatrizada, una pena.*

*Por cada pena inmortalizada, una vida.*

*Y por cada vida sacrificada, una condena”.*

Había encontrado la respuesta y ya sabía lo que tenía que hacer.

Se acercó al cuerpo sin vida del pájaro. Lo cogió de las patas y de un tirón se lo llevó consigo. Bajó con rapidez las escaleras hasta llegar al primer piso. Salió de la torre del campanario y se dirigió a su habitación. Nadie podía ver lo que estaba a punto de hacer. Mientras caminaba por los eternos pasillos y subía las escaleras fue inevitable no recordar la motivación de todo esto. De encontrar al ser inmortal, traerlo hasta su presencia y pedirle lo que tanto deseaba. Y todo recaía en una persona: *su madre...*

Él había sido el único hijo que el matrimonio Grimaldi había tenido. Creció rodeado de amor y fe de lunes a jueves —los días en que su padre no dormía en casa—. Y rememoró los fines de semana. Esos tortuosos tres días en que su padre llegaba de una campaña con alguna herida y casi siempre de mal humor. No poseía recuerdos bonitos de su padre, en la mayoría de situaciones lo veía en sus pensadillas alcoholizado, violento y amenazando con echar a él y su madre de la casa. Rezaba todos los días por su muerte. Le rogaba a dios que no permitiera que regresara a casa, a menos que lo hiciera dentro de un cajón. Los viernes se habían vuelto su mayor miedo, ya que luego de llegar de la escuela pasaba toda la tarde frente al reloj. Su madre intentaba despistarle creando juegos, encender la televisión en un programa infantil o lo invitaba a cocinar junto a ella. Él aceptaba, no quería darle más problemas de los que ya tenía, pero de vez en cuando regresaba al salón a ver qué hora era. El minuterero avanzaba de número en número e incluso sentía que cada vez lo hacía más rápido. De las tres de la tarde, pasó a las seis para finalmente llegar a las sentenciosas nueve de la noche y escuchar el motor del coche apagarse. Cuando su padre ingresaba a la casa él le recogía su bolso, el cual siempre estaba muy pesado y lo guardaba en el sótano. Su madre ya a esa hora tenía la mesa lista con un montón de comida preparada y dulces para que degustara. La televisión debía ser apagada y tanto él como su madre debían sentarse en silencio junto a él para acompañarlo y escucharlo con la mayor atención. Pero la verdad era que poco le

interesaba contarle su vida dentro de los cuarteles. Comía en silencio y solo contestaba con monosílabos a las preguntas que su esposa le hacía. Luego de las tensas cenas familiares, su progenitor subía y se encerraba en su despacho a beber. Todas las noches lo hacía hasta que llegaba el lunes y marchaba a las seis en punto de nuevo al trabajo. Su madre se quedaba recogiendo la mesa y botando toda la comida que había sobrado. Él la ayudaba en la tarea de tirar la comida sobrante en bolsas, muchas veces se escondió entre los bolsillos galletas e incluso trozos de pastel, poco le importaba si se manchaba el uniforme, la comida que preparaba su madre con tanta dedicación lo merecía. A eso de las diez iba a la cama, a pesar de que al día siguiente fuera fin de semana, su padre odiaba que permaneciera despierto hasta tarde. Su madre lo ayudaba a vestirse con la ropa de cama y antes de irse lo arropaba y daba un beso sobre su frente. En una de esas noches él le pidió a su madre que se fueran de aquella casa, que escaparan lejos donde nadie los podría encontrar, pero ella se negó y con una triste sonrisa le contestó: <<—El matrimonio es para toda la vida y solo la muerte podrá separarme de tu padre>>. Lo que él no sabía era que aquella noche, sería la última vez que vería a su madre con vida.

Posee algunos recuerdos de ese viernes. Todavía no era sábado, por lo que ese día se transformó en el peor de todos. Gritos lo despertaron, su sueño no solía ser muy pesado, menos si sabía que su padre se encontraba bajo el mismo techo que ellos. A pesar de los ruidos decidió no salir, ya que tenía prohibido salir de su habitación sin autorización y su padre se enfadaría aún más si lo veía despierto. Se cubrió hasta la cabeza con las sabanas para intentar no oír. Sus padres siempre peleaban, a eso ya estaba acostumbrado, por lo que volvió a cerrar con fuerza los ojos e intentó conciliar el sueño nuevamente. Hasta que escuchó una botella romperse para luego reinar un inquietante silencio. Esperó y esperó, pero no hubo ruido alguno. Quizás todo se había calmado. A lo mejor su padre había caído de lo borracho

que siempre se ponía. O tal vez su madre por fin había decidido dejarlo solo en su despacho e ir a dormir. Un montón de escenarios se le pasaron por la cabeza, menos el que en realidad había sucedido. A la mañana siguiente cuando se levantó para tomar desayuno, le extrañó no verlo servido y a su madre en la cocina con su típico delantal y moño perfectamente peinado. La casa se encontraba en completo silencio, cosa que también le había extrañado, pero aun así se sirvió el desayuno, el cual fue leche con cereal —comida que nunca más volvió a ingerir—, y se sentó en la mesa. Ya había pasado medio día cuando su padre apareció bajando lentamente por las escaleras. Le preguntó por su madre, ya que era raro que no estuviera en casa, sobre todo si su padre se encontraba ahí, pero solo obtuvo por respuesta una mueca. Su padre fue a la cocina y se preparó algo para comer. Aquel día le había extrañado su ropa manchada y rota, pero no hizo comentario alguno. La relación que tuvo con su padre nunca fue afectiva, de hecho, él siempre creyó que nunca lo quiso como un padre debería querer a un hijo. Pero ya se había acostumbrado a sus faltas de cariño y preocupación. Jamás le preguntó cómo le había ido en la escuela. Nunca supo sus gustos musicales, su comida favorita o los pasatiempos que disfrutaba realizar. Tenía escasos recuerdos con su padre disfrutando del fin de semana, sino era para ir a matar animales, no le interesaba pasar tiempo con él. Por lo que ese sábado le extrañó que le dirigiese la palabra para invitarlo a ir al jardín. No podía negar que se emocionó al recibir tal propuesta, por lo que feliz lo acompañó. Ya afuera su padre le pidió que se encargara de cuidar las rosas que su madre había plantado cerca de la alberca. Él lo hizo con gusto, pero le sorprendió al ver que la mayoría se encontraban marchitas, como podían estar casi todas muertas si el día anterior se encontraban en perfecto estado. Las regó y arranco maleza que se había colado entre ellas. A lo lejos observó a su padre, quien llenaba de comida el plato de los perros. Era carne molida, los perros no solían comer eso, ellos tenían su propio alimento el cual consistía en croquetas y

algunos premios que él le daba por las tardes luego de jugar. Aun así, se lo comieron todo. También vio el profundo agujero que su padre había cavado —esa era la razón por la que su ropa se encontraba tan sucia—, bolsas de basura negras lanzó con fuerza a la profundidad de la tierra. Luego con la misma pala que había cavado, regresó la tierra a su sitio cubriendo por completo la cavidad. Así pasaron días en los que su padre le había dicho que él como el único niño fuerte de la casa debía cuidar del jardín. Y lo hizo. Cuidó como su madre siempre lo había hecho, regando por las tardes, preparando abono y plantando más flores, pero nada volvió a crecer. Todo lo que plantaba moría, las rosas se marchitaron al igual que los tulipanes, los árboles dejaron de dar frutos y los arbustos no dieron más hojas verdes. Él siempre había creído que el jardín de la casa entristeció debido a la partida de su madre. Y un gran odio comenzó a nacer en su interior. Es verdad, él le había pedido esa noche que se fueran, que abandonaran a su padre y fueran felices alejados de los maltratos y humillaciones —su madre nunca trabajó y su padre siempre se lo sacó en cara—. Pero la petición era irse juntos, no ella sola y dejarlo a él ahí a su suerte con el hombre que le había hecho tanto daño. Su padre le había dicho que esa mujer la cual se había hecho llamar su madre los había abandonado. Al principio no se lo creyó, pero cuando ingresó al cuarto principal y abrió el enorme armario de madera vio que sólo se encontraba la ropa de su padre. Todos los vestidos de colores sobrios, zapatos de tacón y pañuelos no estaban. Y la odió durante mucho tiempo con todo su ser, porque lo que él nunca supo hasta hace un mes fue que su padre la había matado. El hombre que le había dado la vida se encontraba en su lecho de muerte y cuando recibió una llamada del hospital para que fuera a despedirse, le confesó todo. Esa noche habían discutido por el mismo motivo de siempre. Los celos justificados de su madre, ya que había descubierto que la engañaba con una conocida de la familia. Su padre se encontraba más que pasado de copas. Comenzaron con los gritos, luego con los empujones —situación

que no solía pasar más allá de eso—, para finalmente acabar con su padre estrellando la botella de wishky en la cabeza de su madre. Durante la madrugada cogió el cuerpo y lo llevó al sótano. Después fue en busca del bolso que su hijo recibía todas las tardes cuando regresaba a casa y lo guardaba. Volvió al húmedo lugar que no se encontraba en buenas condiciones, ya que después de comprar aquella enorme casa, nunca habían tenido tiempo y las ganas para adaptarlo a una habitación más acogedora como el resto de la vivienda. En ese oscuro lugar, alumbrado sólo por una ampolleta, descuartizó el cuerpo de su difunta mujer —con ayuda de la máquina para cortar carne—, y lo guardó en diferentes bolsas de basura. Porque eso significaba su madre para su padre; una basura que debe ser desechada. Aquella comida que había sido lanzada a los perros habían sido parte de los intestinos de su madre como también ese agujero que había hecho en medio del jardín, el cual lo había obligado a cuidar sabiendo que yacía el cuerpo de su madre ahí enterrado. Ella nunca se había ido y la familia jamás lo había cuestionado. Aún recuerda como el viejo, quien se encontraba en estado crítico en el hospital, quiso tomarle la mano, pero Gaspare lo rechazó. Le rogó por perdón, el viejo solo quería irse en paz, pero aquel perdón nunca llegó. No le importaba si iba en contra de todo lo que le habían hecho creer que estaba bien. Para él no todos merecían el perdón y si existía un creador y un reino en los cielos, esperaba que su padre no fuera ahí. La única justicia que tuvo fue que murió solo postrado en la fría habitación de un hospital. Luego de eso comenzó a estudiar e investigar sobre la práctica de invocación a los muertos. En un principio al enterarse de la noticia, buscó consuelo en la oración, pero le fue imposible encontrarlo. Necesitaba reencontrarse con su madre, verla y tocarla, aunque sea por última vez, pero también necesitaba asegurarse de que su padre en algún lugar si es que existía el infierno, estuviera pagando por todo el daño que le había causado. Pero luego de algunas semanas, sus planes fueron cambiando al igual que sus ambiciones.

Descubrió que poseía un gran miedo a la muerte. No quería morir y a medida que pasaba el tiempo sentía que cada vez se acercaba más su hora. No quería caer al mismo agujero en que había caído su madre. No quería morir solo como le había ocurrido a su padre. Nunca se había casado como tampoco había tenido hijos. Toda su vida la había dedicado al servicio del señor, el mismo que después también lo lanzaría a las profundidades de la tierra para que su cuerpo sea devorado por larvas. No estaba dispuesto a pasar por esa situación. Es así como en las sagradas escrituras prohibidas leyó sobre un nigromante capaz de invocar y luchar contra la muerte, pero lo que no sabía es que aquel oscuro ser llamado Mors había conseguido la juventud eterna, y era el único que podía ayudarlo. Estaba dispuesto a infringir todas las leyes y venderle su alma al mismísimo demonio si era necesario.

Lo primero que hizo al llegar a su habitación fue cerrar la puerta con llave y cubrir las ventanas con tela. Con una navaja de gran filo marcó con fuerza el diseño que había encontrado en el diario. La estrella de ocho puntas en medio de la protección circular. Después de asegurarse de que cada línea estuviera bien definida, en cada punta encendió una vela. Lo único que necesitaba era el diario de aquel ser, una gota de sangre de un cuervo blanco y una pluma. Sujetó con firmeza el diario y luego de recitar aquellas palabras que había encontrado en la nota robada del cuervo. Dejó caer la pluma blanca que a pesar de la poca iluminación brillaba en medio de la habitación, y el rojo carmesí del animal. Al caer la gota de sangre las velas se apagaron debido a la fuerte ventisca que ingresó por la ventana rompiendo incluso el vidrio de protección. Tuvo que cubrirse los ojos debido a la ráfaga de viento oscura que se estaba produciendo, entre los dedos podía ver como una especie de mata de pelo negro se estaba formando, también suciedad y restos de lo que podrían ser animales. Cuando estaba a punto de interferir y destruir completamente el círculo una figura pesada cae desde el conjunto de cosas sin sentido que hace un momento estaba levitando. Todo volvió a

estar en completo silencio, tanto que lo atormentó. Dudo en acercarse a ver qué era lo que había caído lo cual se encontraba cubierto por una gran tela de color negro. Cogió entre sus manos con firmeza la navaja y se acercó a aquello que no se movía. Con cuidado levantó la tela y al tirarla por completo al otro extremo de la habitación, se encontró con un cuerpo desnudo en posición fetal. <<¿Qué era esa cosa?>>, se preguntó, apenas lo vio. Lo único que se podía escuchar en la oscura habitación era la agitada respiración de ese extraño ser. Su rostro estaba cubierto por una extraña máscara de cuero con forma de cuervo, cubría hasta sus ojos, por lo que no podía ver ningún rasgo. Pero no fue eso lo que más le llamó la atención, sino que fue su cuerpo. Su pálida piel estaba dañada por múltiples heridas; algunas ni siquiera habían cicatrizado. Su espalda estaba en peor estado, sus omoplatos sangraban debido a dos profundas heridas. Caminó alrededor del círculo para poder observar mejor, pero lo que encontró fue mucho peor. Aquel extraño ser que no sabía de donde había venido poseía un gran hueco en el lado izquierdo de su pecho. No sabía cómo esa cosa podía siquiera respirar. Físicamente parecía un hombre, pero estaba muy dañado como para ser uno. Necesitaba verle el rostro, por lo que se acercó con valentía y le quitó la pesada máscara. Se encontraba despierto y este lo miró fijamente. La piel de su rostro también se encontraba cubierta de cicatrices y su labio estaba roto. El color de su cabello era blanco, el mismo que el plumaje de los cuervos que rondan por la zona. Se parecía mucho a uno de los dibujos que estaban en el diario. Intentó cubrirse el rostro con desesperación, pero no pudo. Trató de acercarse a él, para quitarle la máscara, pero al salir del círculo este le produjo una fuerte quemadura en su brazo y gritó del dolor. Se había formado un círculo de protección entre él y aquella criatura, eso lo tranquilizaba, ya que no sabía cómo podía reaccionar. Además, de esa manera sería mucho más fácil obtener información.



—¿Qué eres? —le preguntó, pero no obtuvo respuesta, su tórax subía y baja con rapidez debido a su acelerada respiración—. ¿Acaso no piensas hablar? —volvió a preguntar, pero de nuevo no obtuvo respuesta. No quería recurrir a la violencia, pero estaba dispuesto a hacerlo si aquella cosa se negaba a colaborar.

—Me sometes a la más grande humillación —susurra, su voz se encontraba entrecortada y su cuerpo temblaba—. Me quitas todo lo que tengo, dejándome vulnerable haciéndome sentir frágil ante tus ojos. Observas detalladamente mis marcas producto de la muerte y la desesperación ¿Y aun así esperas a que entable una conversación contigo?

—¿Qué quieres? —le preguntó. Quizás si intentaba primero sobornarlo conseguiría que colaborara—. Yo puedo darte todo el dinero que deseas. Solo dime cuánto y lo tendrás.

Respiró con dificultad y esbozó una imperceptible mueca. Esperaba aquel tipo de propuesta, ya que es así como la mayoría de los mortales en la ciudad de Supra solucionaban sus problemas y alguien entregado ascetismo religioso no estaba exento de aquellas sucias prácticas.

—Hace años que dejé de relacionarme con los mortales y aun así no dejan de impresionarme. ¡Mírame! —le gritó arrastrándose aún más cerca de la línea que los separaba—. ¿Acaso crees que lo que quiero es tu dinero?

—¡Entonces dime! —la paciencia ya se le estaba agotando—. ¿Qué quieres?

—Devuélveme mis pertenencias y regrésame a mi hogar —le susurró. Encontraba muy injusto que alguien a quien ni siquiera conocía, lo tuviese en ese estado de vulneración viéndolo de arriba a abajo despojado de toda protección mientras observaba con repugnancia sus heridas; su sangre; sus desgarros.

Apenas escuchó esas palabras Gaspare dio media vuelta y suspiró.

—Lo siento —le contestó tajante—, pero no puedo hacer eso. No sin antes asegurar que me darás lo que necesito.

—¿Y qué podría necesitar un mortal como tú, que al parecer lo tiene todo, de un ser tan miserable e insignificante como yo?

Gaspare lo miró y tras algunos momentos de silencio en donde ambos; Uno desde lo alto como una especie de dios analizaba detalladamente al otro, quien se encontraba caído sobre la fría madera de una vieja habitación. Se encontraban enfrentados en la oscuridad. Luego de unos segundos observándose minuciosamente, tras un carraspeo de fuerza le dijo: —Necesito que regreses a mi madre y que me enseñes tus prácticas, sé mi maestro... yo... yo no puedo morir.

—Corrección, claro que puedes morir y déjame decirte que según tu aspecto lo harás pronto, pero no quieres, porque le temes a la muerte y es justamente es ese hecho el que se te escapa de las manos y no puedes controlar, ni siquiera con toda la riqueza que posees. Yo no puedo interferir en las leyes naturales del orden de las cosas.

Mors ríó tras aquella confesión. Algo que Gaspare odió con toda su alma. Existían tres cosas en el mundo que detestaba con todo su ser. La primera era rogar por ayuda. La segunda que se mofaran de él. Y la tercera no conseguir lo que quería —este último rasgo heredado de su padre, quien después de deshacerse de su madre, al poco tiempo se casó con una mujer mucho más joven que él—. Mors ya había conseguido molestarlo con las dos primeras. El asqueroso ser ya había captado el alto orgullo que poseía, por lo que sacaría provecho de ello, y por qué no conseguir que este hombre lo ayude también a conseguir su deseo.

—Y con respecto a tu madre, no puedo hacer nada si no tienes su cuerpo y me lo entregas —Mors pasó su mirada por toda la habitación y efectivamente se encontraban solos,

por lo que el arzobispo no tenía el cadáver de madre—, pero al parecer no lo tienes, así que termina ya con todo estos y libérame.

Gaspare apretó con fuerza los puños intentando controlar lo que estaba a punto de hacer, pero la altanería de aquel monstruo lo había irritado. ¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo? Sin dudarle y sintiendo la sangre correr por sus venas sacó el arma —la misma de hace algunos minutos cuando mató al molesto pajarraco—, le apuntó y sin siquiera dándole tiempo de emplear un movimiento de protección, le disparó UNA, DOS, TRES, CUATRO, CINCO. Las balas se habían acabado, pero aun así continuó apretando el gatillo hasta que sus dedos dolieron, debido a la fuerza ejercida. Sintió que no podía más y se dejó caer al suelo y le gritó:

—¡Claro que puedes maldito infeliz! —le gritó al extraño ser que se encontraba cubierto de sangre. Los tiros fueron certeros directos a su cara y cuello, pero a pesar de las balas y la sangre que estaba perdiendo —y la cual, también estaba desfigurando su rostro—, este solo se reía mientras se retorció en el lugar.

Aquella actitud había dejado a Gaspare perplejo. ¿Acababa de acribillarlo y esta cosa solo es capaz de reírse?, se había preguntado extrañado mientras intentaba retomar la compostura. Pero lo que él no sabía era que le había regalado a Mors una de las cosas que tanto había anhelado. Sentir. Las múltiples heridas e intentos de suicidios que él mismo se había ocasionado nunca sirvieron para nada, más que dejarlo con feas marcas y cicatrices. Ver el rojo carmesí cayendo por su rostro, empapando sus pálidas manos y cubriendo inclusive casi todo su cuerpo, le entregó un sentimiento de satisfacción increíble. A pesar del dolor que estaba sintiendo no moriría, porque Mors sabía que la única forma en que podía alcanzar el descanso eterno, era solo si corazón —resguardado en una caja de cristal— fuera atravesado por la espada que había cargado con su condena desde hace más de cien siglos.

Luego de recuperar la compostura Mors se sentó en cuclillas, se limpió con los brazos la sangre que corría por su rostro y al poder hacer contacto visual nuevamente con Gaspare, le sonrió y preguntó:

—¿Estás dispuesto a darme lo que sea?

Y el derrotado arzobispo asintió.

—Incluso si te pidiera que acabes con mi vida ¿lo harías? —Ambos se volvieron a mirar y solo bastó aquel gesto para recibir la respuesta que ambos querían. Cada uno deseaba lo que el otro tenía. Aquel ser inmortal no solo escondía su cuerpo detrás de un traje oscuro y una enorme máscara, sino que también tenía un deseo que jamás se había atrevido a decirlo en voz alta; ansiaba acabar con su vida. Él quería volver a experimentar el placer y el dolor que cualquier persona debía sentir si se hacía daño o veía algo que le gustaba. Y estaba dispuesto con gusto a aceptar el tormentoso deceso que le esperaba. Durante mucho tiempo había sido privado y condenado a la peor de las torturas que un hombre podía experimentar; que era estar muerto en vida. Pero ahora se encontraba con un hombre deseoso de poder que estaba dispuesto a acabar con su condena y poseerla él—. Bien, entonces deberás ir por una de mis pertenencias —le dijo.

—¿Cuál es? —le preguntó buscando entre las oscuras pertenencias que tenía en custodia.

—No es ninguna de ellas.

—¿Entonces? —cuestionó, no entendiendo qué es lo que quería.

—Deberás bajar e ir a mi mundo. Ahí se encuentra escondida al final de una de las alcantarillas la espada inmortal. Aquella espada maldita en las manos correctas nos dará ambos lo que deseamos.

Gaspare se levantó y asintió, estaba dispuesto a bajar hasta el mismísimo infierno con tal de encontrar la fuente de poder.

—¿Y dónde queda ese lugar? Dime la dirección para poder llegar —le ordenó.

—Debes dirigirte al distrito dieciocho, supongo que conoces muy bien ese lugar — justamente era donde se encontraba la casa que había visitado anteriormente y había hallado el diario—. En medio del asfalto de la gran avenida encontrarás una alcantarilla, ella te guiará hacia el Inferius, el lugar que conecta el mundo de los vivos con el de los muertos. Es la entrada al reino de Las Sombras.

—Y allá dentro, ¿dónde la encuentro?

—Deberás buscarla.

A Gaspare esa respuesta no le gustó. No tenía tiempo ni ánimo de andar paseando por un lugar que ni siquiera sabe que existe, pero sintió curiosidad de que alguien habitara en un lugar tan oscuro y sucio como la alcantarilla de la ciudad.

—¿Y tú qué hacías en ese lugar? —le preguntó. A Gaspare poco le importaba que hacía Mors ahí abajo, pero la curiosidad era mayor y quería saber más sobre su invitado — como había decidido apoderarse—.

—Yo soy el guardián de Inferius y protector de las almas perdidas. Resguardo la entrada y salida del reino de Las Sombras y protejo el mundo de los muertos de hombres que quieren ingresar sin autorización a él. Ahora que respondí a todas tus preguntas vete.

Gaspare le hizo caso, pero no se retiró de la habitación sin antes llevar consigo su lámpara, la cual le ayudaría, ya que algo le dice que ese famoso lugar carece de cualquier iluminación eléctrica y lo que menos deseaba era perderse en un mundo que hace apenas unos segundos se enteró que existía. Jamás se le había pasado por la cabeza que debajo de su ciudad existía un mundo totalmente distinto al suyo. Se aseguró que su especial invitado quedara

completamente encerrado para evitar cualquier intento de escape, aunque lo dudaba, ya que lo había convencido de que lo ayudaría.

Desde que había salido, pequeñas gotas no habían dejado de caer. El parabrisas se movía de derecha a izquierda limpiando las gotas de lluvia que caían del nublado cielo. El camino por la carretera fue silencioso, se encontraba nervioso y ansioso por lo que podía encontrar bajo la ciudad. Al llegar a la avenida principal se estacionó dos cuadras antes de la dirección indicada, no deseaba ser visto por nadie de la ciudad, ni mucho menos estar en la boca de todos los vecinos chismosos. Apenas apagó el motor y bajó del vehículo una ráfaga de viento lo recibió, la lluvia se había vuelto más intensa y las calles poco a poco comenzaban a inundarse. Debido a que era la avenida más transitada de toda Supra, el pavimento se encontraba en pésimo estado, desniveles y baches creaban grandes pozas de agua, lo cual no era difícil en la estación de invierno, debido a las intensas lluvias, quedar completamente empapado —por una caída— o con el vehículo detenido. Caminó contando cada círculo de metal que separaba su mundo con el de Mors. Hasta que llegó al número dieciocho, el cual indicaba que era la correcta. Pasaron varios minutos hasta que por fin pudo levantar la pesada tapa de metal y tras descubrir el profundo agujero, lo único que encontró fue oscuridad. Se hincó y con cuidado introdujo sus manos al agujero en busca de algo que lo ayudara a poder descender, de lo contrario tendría que dejarse caer y confiar que la alcantarilla no era muy profunda. Pero tras palpar una especie de escalera para nada segura, se dispuso lentamente y con total cuidado a bajar por la inestable escalera. El único soporte que tenía eran unas cadenas oxidadas que rechinaban cada vez que pisaba un escalón.

A medida que iba bajando, evitando una caída mortal, ya que llevaba unos treinta escalones y no sabía, debido a la falta de luz, lo que le faltaba por bajar. Cada vez se iba alejando más de la luna, la cual seguía estando posada en el cielo sobre el estrecho agujero.

Luego de pisar el último escalón saltó con seguridad a tierra firme. Tras encontrarse en completa oscuridad, sacó del interior de su abrigo la vieja lámpara de keroseno que había llevado consigo. Lo primero que pudo observar fueron múltiples restos de huesos incrustados en las paredes de piedra que conformaban la alcantarilla. Cráneos humanos adornaban las extensas paredes de la alcantarilla, lo primero que se preguntó al ver semejante escenario fue: “—a quiénes les habían pertenecido aquellos cráneos”. Todos tenían diferentes dimensiones, algunos eran más grandes que otros, de hecho, había algunos que aún poseían los dientes sujetos con bandas de oro, los cuales por obvias razones se encontraban en pésimas condiciones. Identificó restos también de animales como corderos y perros, pero lo que más les llamó la atención fueron los cráneos y restos de esqueletos humanos que alguna vez le pertenecieron a cuerpos de infantes, al acercarse la escasa luz que daba la lámpara pudo identificar fácilmente que les habían pertenecido a niños, debido al tamaño de estos restos. El olor a putrefacción era insoportable y le hizo vomitar la última comida que había ingerido la noche anterior. Comenzó a caminar con lentitud, mentiría si confesara que no le aterraba el hecho de no encontrarse solo. Nada le aseguraba que no existía otro ser igual de maldito que Mors. Bajó la manga derecha de su abrigo y sujetó con firmeza el cuchillo de cocina que había guardado antes de retirarse de la abadía. Era poco lo que el corto punzante podría ayudarlo, pero al menos le daría algo de confianza si se veía envuelto en una situación de peligro. De encontrarse cualquier criatura no dudaría en atacarlo hasta ocasionarle la muerte. Tras caminar algunos pasos por el túnel principal, detuvo la marcha al encontrarse con tres pasadizos. Dudó qué camino seguir. Mors no le había especificado en qué lugar se encontraba la maldita daga. Sus manos temblaban y su frente sudaba. Lo único que quería era salir de ese asqueroso lugar, pero al mismo tiempo pensaba en todo lo que tendría y encontraba el valioso objeto. Por lo que se armó de valor y tras realizar un ejercicio de respiración se

adentró en el primer túnel. La gran cantidad de basura le impedía el paso, debía apartarla con su pierna para poder seguir caminando mientras intentaba ignorar el insoportable ruido que realizaban los roedores que habitaban ahí. Gaspere sabía que las ratas se refugiaban en el interior de las alcantarillas. Nunca fueron una especie bienvenida en la ciudad, de hecho, una vez al mes, por orden del alcalde, cada rincón de la urbe debía ser saneada para controlar la plaga de estos inmundos bichos peludos de cola larga. Lo que él no sabía es que de nada servía rociar los callejones de aquel químico líquido, si al final estas sabían dónde habitar para sobrevivir. Todas ellas sabían que si subían a la superficie serían exterminadas. Algunas se asustaban y se alejaban de él al escuchar los pasos que daba, pero otras, al contrario, se acercaban y lo observaban con curiosidad con sus pequeños ojos de color rojos como si le preguntaran quién era él y por qué su amo no había regresado a su hogar con ellos. Pero la mayoría de las ratas pasaban de un lado a otro chillando como verdaderas bestias mientras trataban de robarse entre ellas los manjares que encontraban entre toda la basura. El asco y la repugnancia se hicieron mayores cuando vio cómo un grupo de guarenes habían destrozado el cuerpo de uno de ellos, seguramente era el más débil del grupo por lo que se había transformado en un estorbo más que en un aporte a su comunidad. Entre tres le arrancaron la cabeza para luego desesperadamente devorar su cuerpo. Las náuseas volvieron y el olor a heces se hacía cada vez más insufrible. Agua sucia caía del techo circular donde se conectaban algunas tuberías. Lo más probable es que esa agua viniera de los desechos de las personas, quienes a diario vaciaban el inodoro unas siete veces como mínimo. Trozos sucios de papel higiénico se acumulaban sobre charcos de agua como también algunas prendas sucias que la gente del Arriba desechaba y algunos juguetes infantiles que todavía se encontraban en buen estado. Los ciudadanos arrojaban todos los objetos que ya no querían a los vertederos de basura, los cuales después eran destruidos y lanzados al mar, pero lo que



las personas no sabían era que esa basura era lanzada hacia la periferia de la ciudad, donde ciudadanos de bajos recursos vivían en pequeños campamentos, y de los campamentos eran lanzados a los alcantarillados sanitarios. Apuró el pasó, lo último que quería era seguir compartiendo espacio con estos seres, si es que se le pueden llamar así. Caminó y caminó hasta que a lo lejos vislumbró el término del túnel, corrió lo más rápido que pudo creyendo que hallaría ahí lo que tanto necesitaba, pero con lo único que se encontró fue con una muralla. La tocó desesperadamente al mismo tiempo que rogaba encontrarse con un objeto oculto entre las piedras, pero nada. No había absolutamente nada en ese lugar. Gritó de la impotencia y golpeó con fuerza la pared. Sus nudillos sangraban, pero no le importaba. Sentía gran impotencia, había perdido valiosos minutos o quizás horas, ya no sabía cuánto había tardado en recorrer el extenso pasillo para encontrarse sólo con basura y ratas. Respiró con dificultad intentando controlarse, lo único que quería era asesinar con sus propias manos a la cosa que tenía encerrada en la abadía. Luego de unos minutos con resignación regresaba por donde mismo había llegado. Pateaba con fuerza cada objeto y roedor que se encontraba, de esta manera descargando toda la ira que sentía. Las ratas más viejas y enfermas —la mayoría de ellas ciegas y sordas—, recibían duros golpes, ya que debido a su situación les era difícil percatarse que alguien se acercaba. Ellas chillaban, lo que a Gaspare lo producía profunda satisfacción. Aquel acto le recordó cuando asistía a las reuniones de cacería con su padre y no podía evitar sentir satisfacción cada vez que un animal expresaba dolor debido a un disparo poco certero que no le ocasionaba la muerte inmediata. A él le habían enseñado a disparar para evitar el sufrimiento del animal, pero debía reconocer que en muchas ocasiones intencionalmente disparaba en la zona que no le ocasionaría la muerte sólo para escucharlo quejarse del dolor y agonizar sus últimos segundos o minutos de vida. Lo que Gaspare no vio venir fue como uno de los guarenes, el más grande se lanzó a su pierna para atacarle. Intentó

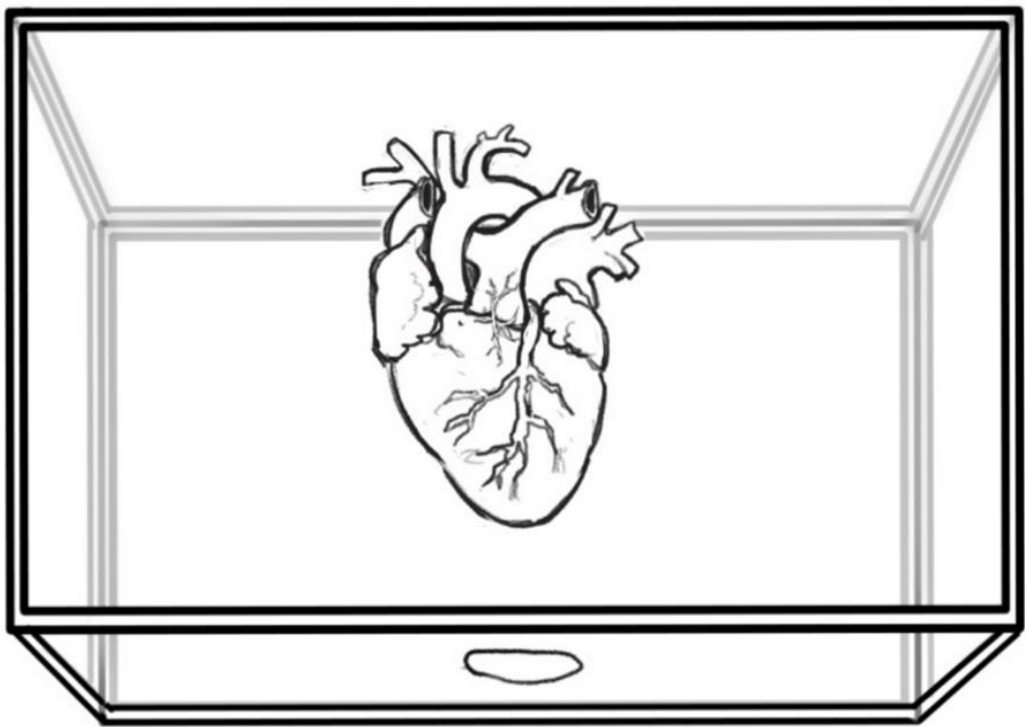
apartarlo dándole patadas con la pierna libre, pero le fue imposible liberarse. Lo golpeó con la lámpara, intentando, también de no quebrarla en mil pedazos, pero este se sujetaba con fuerza e intentaba morderlo. Espuma blanca salía de su boca. La desesperación comenzó a apoderarse de su ser. Debía acabar con el animal antes que lo mordiera, de otra manera pasaría sus últimos minutos de vida en una alcantarilla. Por lo que, sin pensarlo dos veces con total violencia cortó a la mitad la cabeza del roedor ocasionándole la muerte de manera inmediata. Pero no satisfecho con eso atravesó el cuerpo del animal una y otra vez empapando con sangre el húmedo suelo. Luego de haber destrozado su cuerpo, lanzó lejos el arma blanca y se aseguró no haber tenido contacto directo con la sangre sucia del guarén. Salió de aquel túnel lo más rápido que pudo y sin cuestionarse ingresó al más cercano. Ya se encontraba cansado y lo único que pedía era encontrar la espada de la muerte, sin ella no regresaría. Pero se llevó una sorpresa al observar que, a diferencia del pasadizo anterior, los diversos cráneos incrustados estaban cubiertos por una marca. Se acercó a uno de ellos y con cautela rozó uno de sus dedos a la calavera manchándose con esa extraña sustancia. Era de color gris y al acercasela a sus fosas nasales pudo identificar lo que era, ceniza. Se encontraba fresca, por lo que había sido manchada hace poco como una especie de rastro para encontrar el camino hacia algo. Continuó su marcha. Se encontraba un poco más relajado al darse cuenta que aquí no había basura ni roedores salvajes que pudieran acabar con su vida, se encontraba sin armas para defenderse por lo que sin algo lo acataba estaría perdido. Mientras caminaba no podía dejar de observar los restos de esqueletos, los tocaba lentamente quitándoles la ceniza que Mors le había marcado para identificar el pasadizo correcto que lo llevaría a casa. A pesar de que llevaba muchísimo tiempo encerrado en ese oscuro lugar, nunca se había podido memorizar el acceso correcto. Con la oscuridad le era muy difícil orientarse. Gaspere se limpiaba cada cierto tiempo su dedo el cual estaba manchado debido

a los múltiples cráneos que había tocado. La luz de su lámpara comenzó a titubear amenazando con apagarse en cualquier momento y con preocupación le dio leves golpes para que la escasa luz volviera. Aún le quedaba por recorrer medio camino y sin iluminación le sería imposible. No conocía el lugar y se encontraba completamente sólo, o era lo que él creía. Lo que Gaspare no sabía era que siempre estuvo acompañados de silenciosos y oscuros compañeros. Tras dar diversos golpes la lámpara no sólo dio una pequeña chispa, sino que se encendió con mayor fuerza dándole una gran iluminación. Jamás pensó que volvería a funcionar como cuando era un niño. Había pensado en muchas ocasiones tirarla al tacho de la basura, ya que solía darle muchos problemas a la hora de encenderla, pero nunca lo había hecho, la verdad es que le tenía un gran cariño a aquel objeto. Es el único que conserva de su niñez. Pero tras encenderse, hubiese agradecido que mejor no hubiera funcionado más, ya que al dar media vuelta se encontró con unos enormes animales que colgaban de cabeza desde el techo. Se quedó atónito observando aquellas bestias con rostro de zorro, cuerpo de hombre y alas de murciélago. Había muchos de ellos y todos se encontraban colgados formando una hilera a lo largo de todo el pasadizo. Estos seres de pelaje oscuro no dejaban de mirarlo por lo que sintió temor de realizar cualquier acción brusca y que estos volaran a atacarlo. Dudó en continuar su viaje, pero luego de rato al ver estos sólo permanecían quietos observándolo decidió seguir sin hacer mucho ruido. A medida que continuaba se iba encontrando con más de esta rara especie. Lo que más le aterraba era que parecían verdaderos demonios mitad hombre y mitad animal. Tras continuar con la mirada desviada hacia las calaveras, llegó al final del túnel y se encontró con un intento destrozado de cuarto. Unas sábanas sucias y viejas con agujeros eran utilizadas como paredes y puerta, estas se encontraban abiertas por lo que pudo observar una cama individual hecha de metal que poseía un colchón que se veía bastante incómodo, y encima de este una manta de colores hecha a mano. Por último, una mesita de

noche que sobre ella sólo se encontraba un pequeño cuadro el que, enmarcaba una fotografía. Gaspare curioso tomó el cuadro y a diferencia del que había en la otra casa en Supra, en esta foto dos chicos de edades no muy lejanas están abrazados mientras se cubren con la manta que al parecer es la misma que la que está sobre la cama. Ambos sonreían con un jarro en sus manos. Dejó el cuadro donde estaba y observó con mayor detención las paredes y el techo con forma de bóveda. Extendió su mano y gracias a que las medidas de este lugar son pequeñas pudo alcanzar con éxito el techo y comenzó a palpar cada piedra. Hasta que se encontró con algunas de ellas sueltas y al sacarlas encontró la espada de la muerte, aquel objeto maldito que había salvado la vida de Mors en todas las batallas, pero que al mismo tiempo lo condenó a la desolación extrema y al odio hacia sí mismo, pero para Gaspare se volvía en su salvación. La envolvió con cuidado entre la manta de colores, al igual que el cuadro de fotos y salió uniendo las dos sabanas que hacían de puerta.

Al salir volvió a encontrarse con los rostros de zorro negro viéndolo pies a cabeza. Salió de él en total silencio y al llegar al centro de la alcantarilla donde los tres túneles se juntaban. Le fue imposible no dirigir su mira por el pasadizo que no había recorrido. Mentiría si dijera que no le daba curiosidad que podía encontrar dentro de esa extensa profundidad por lo que se adentró sin titubeos. A diferencia de los otros dos túneles, este poseía sus murallas incrustadas de cráneos humanos de color negro, debido a la putrefacción. El fuerte olor volvió a hacer estragos en su estómago. Insectos salían por los orificios de los ojos y la boca. Continuó caminando cubriendo con el brazo izquierdo sus fosas nasales y boca. Luego de haber caminado durante media hora aproximadamente. Observó a lo lejos, una mesa circular donde sobre ella yacían cadáveres humanos totalmente abiertos con los intestinos expuestos y algunos órganos como el corazón y el estómago se encontraban bañados de una extraña mezcla. Velas apagadas adornaban ese lugar, como también un espejo que se encontraba

quebrado. A los restos humanos se debía el fuerte olor a descomposición. Ahí todo se mezclaba, las heces fecales, los intestinos dañados y la basura que caía desde el Arriba. Jamás había visto un escenario tan decadente y asqueroso, pero aun así aquel escenario, no le impidió acercarse a la caja que era cubierta con una manta. Al deshacerse de ella se encontró con algo que jamás esperó ver; un corazón del porte de un puño de la mano. Latía con fuerza, cada palpito hacía que el órgano saltara indicando que vivía, a pesar de todo el daño que le habían hecho. Intentaron arrancarlo de su sistema y romperlo en mil pedazos. Aquel órgano le perteneció en su momento a Mors, pero nunca más volvería a sus manos, así que con fuerza tomó la pesada caja y abandonó el lugar. Pero de poder subir por las escaleras se le vinieron encima los enormes monstruos que resguardaban el hogar de Mors. Estos trataban de impedir que se llevara las pertenencias de su dueño. Con dificultad subió las inestable y peligrosa escaleras. Sujetaba con fuerza todos los objetos que acababa de robar. Las bestias volaban a su alrededor intentando con sus garras quitarle lo que ahora le pertenecía. Tras diversos esfuerzos intentando subir cada escalón, la preciada lámpara resbaló por sus manos y cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos y produciendo una explosión. El fuego comenzó a elevarse alcanzando a algunas de las horribles criaturas, produciendo que el fuego se haga cada vez mayor. Estas chillaban de dolor y desde arriba Gaspare podía ver como lentamente ardían. Aprovechó de subir lo más rápido que pudo y cuando ya se encontró en la superficie seguro, dirigió su mirada por última vez. Poco a poco el lugar se incendiaba junto con la basura y todos los pecados que una pequeña parte del reino de Las Sombras escondía.



Al llegar, nuevamente a la intimidad de su habitación, se encontró con el monstruo que había dejado encerrado. El círculo lo mantuvo en cautiverio y de ahí no pudo salir. Se encontraba tal cual lo había dejado hace algunas horas, enrollado en forma de feto sobre el suelo de madera. Dejó con fuerza sobre la mesa todos los artículos que había traído consigo. Mors levantó levemente la cabeza y observó todas sus pertenencias. No entendía por qué Gaspare había traído consigo aquellos objetos. Al ver la vieja fotografía, junto a su manto — el cual guardaba todas sus memorias—, un sentimiento de ira comenzó a apoderarse de su ser. <<¡Cómo se atrevía a tomar sus cosas y sacarlas de su hogar como si fueran suyas!>> pensó con ira, se levantó con gran rapidez sin importarle verse totalmente desprotegido, y se lanzó a por sus cosas, pero no había caído en cuenta que se encontraba dentro de un círculo de protección que no le permitiría salir con facilidad. La mitad de su cuerpo logró atravesar aquella invisible cápsula, pero de inmediato su cuerpo fue arrojado nuevamente al interior de esta. Gritó de dolor al caer de espaldas. Su cuerpo ardía como si hubiese sido lanzado y consumido por las llamas. Tras recuperar un poco la compostura, se miró la mano derecha, la cual temblaba debido al dolor y se encontró con una piel totalmente enrojecida. Algunas de sus partes —como antebrazos, rodillas y muslos— estaban descamadas y sangre desprendía de ellas. Dirigió su mirada al profundo azul de los ojos de su captor, en los cuales podía descifrar claramente la satisfacción que sentía. Este se acercó a la vieja manta y la lanzó sin ningún cuidado hacia él. Al verla caer y tenerla en sus pies le fue imposible no lanzarse a ella, sujetarla con fuerza entre sus manos, olerla y cubrirse con ella. Tras aquel acto, automáticamente los recuerdos comenzaron a apoderarse de su mente. El trauma volvía una y otra vez, y dolía incluso más que cualquier herida física que hasta el momento había estado dispuesto a soportar.

¡Disparos!

¡Explosiones!

¡Gritos desgarradores!

Aquellos sonidos se repetían en secuencia y con desesperación Mors se golpeaba los oídos para intentar callar sus miedos, pero le fue imposible cuando observó la fotografía de su compañero. Y regresó a aquel tiempo, en el que la tierra que hoy pisaba era un campo de batalla y él se encontraba ahí en medio de la guerra junto con Ash.

*Antes de la caída del Imperio del Norte, hace cien siglos...*

Las nubes grises se apoderaron del cielo. El sol fue cubierto como si su presencia hubiese sido prohibida por los mismos dioses. Los truenos amenazaron con partir a la mitad el desolador escenario que se estaba protagonizando en el imperio. El pueblo estaba sumido en llamas. Los puestos de los mercaderes se encontraban destruidos y el llanto de mujeres y niños se habían tomado por completo el fatídico día. La mayoría de las casas habían sido saqueadas y todas las riquezas que los humildes pueblerinos habían acumulado con esfuerzos de años fueron robadas por el ejército enemigo. Los animales, sobre todo los caballos, los cuales servían para las expediciones, también fueron hurtados y subidos a los barcos que se encontraban a unos kilómetros en el puerto.

Tras estar peleando con un grupo de soldados que intentaron ingresar a una residencia y llevarse a niñas para ser vendidas como esclavas al Imperio del Sur. Su cuerpo fue impactado por una flecha. Su espada cayó y con ella él también. A pesar de que su pecho ardía y su informe comenzó a teñirse poco a poco de rojo carmesí, se arrastró como pudo y trató de resguardarse detrás de una roca. El suelo estaba húmedo y la lluvia que formaba pequeños charcos de agua, se mezclaba con la sangre de los vencidos. Se arrancó la flecha con fuerza y se cubrió la herida con un trozo de tela que había arrancado de sus propias



prendas. Su cabeza le dolía y sus ojos inconscientemente se cerraban. Sentía que en cualquier momento iba a desfallecer en medio del campo de batalla, pero al levantar la vista observó cómo su pueblo estaba siendo consumido por las llamas. Flechas volaban en diferentes direcciones, hombres peleaban con espadas tratando de defender su patria y gritos desgarradores se escuchaban de hombres, a los cuales se les era arrancada la vida. Ya todas las esperanzas estaban siendo perdidas, los enemigos ya habían arrasado con más de la mitad de sus compañeros. Pero a lo lejos pudo distinguir como su soldado más fiel, su compañero y a quien él consideraba su hermano; fue atacado por tres hombres. A pesar del inmenso dolor que sentía, se levantó y con dificultad se acercó a quienes estaban atacando a Ash. Había perdido su arma, pero arrancó con fuerza una que se encontraba incrustada en el cuerpo de un cuerpo, no sabía a quién le pertenecía y tampoco le importaba, lo único que quería era ir en ayuda de su hermano, pero debido a la herida que sangraba cada vez más no alcanzó a llegar a tiempo. A lo lejos observo como Ash había recibido un corte profundo en todo su tórax.

La imagen del cuerpo de su amigo cayendo lentamente e impactando contra el suelo, es algo que se repetía constante en sus pesadillas. Si tan sólo le hubiese hecho caso. Si no hubiese ido en su rescate, nada de eso hubiese ocurrido. Ash vio como él había sido atacado y es por esa razón que se dirigió a pelear contra los tres hombres que lo habían apuntado. Se acercó al cuerpo de su amigo que convulsionaba lentamente en el suelo. Salía sangre de su boca, eso significaba que algún órgano vital había sido dañado. Trató de revisarlo para tratar de detener la hemorragia, pero Ash no se lo permitió. En el fondo de su ser, sabía que no sobreviviría. Lo único que le pidió fue que no lo dejara sólo. Y así lo hizo, se quedó con él, ambos escondidos entre las malezas esperando a que los bárbaros abandonaran su tierra.

Ya en la madrugada cuando todo estaba consumido en cenizas se levantó y recolectó tablas de madera que habían quedado debido a las casas destruidas. Su herida seguía doliendo, pero no le importaba si moría de una infección, de hecho, les pedía constantemente a los dioses que se lo llevaran. Ya nada tenía que estar haciendo ahí. Después de terminar de construir el cajón, levantó el cadáver de su amigo. Lo cubrió con una manta blanca y lo cerró. Lo subió sobre una carretilla que estaba ahí y con ayuda de un caballo emprendió la partida hacia un lugar que no se encontrara manchada de sangre.

Pero después de emprender el viaje y haber recorrido tan solo dos kilómetros, escuchó a lo lejos una tropa de soldados que cabalgaban que venían hacia su dirección. No dudó en volver a sacar su espada y enfrentarse a ellos. Eran cientos de hombres armados empuñando sus flechas y espadas. Lo más probable es que moriría, pero estaba encantado de hacerlo al lado del cuerpo de su amigo. Se posicionó frente a ellos esperando a que llegaran hasta él y lo destrozaran, pero aquello nunca ocurrió. Cuando los soldados atravesaron la espada ensangrentada que sostenía con fuerza entre sus manos, estos rápidamente convertidos en espíritus la atravesaron y se esfumaron como ceniza.

Una fría ráfaga de viento del norte lo invadió y consigo se llevó todo rastro de guerra. La espada estaba maldita y con ella él también, ya que todos los espíritus de los soldados que fueron atravesados por su espada ensangrentada, tuvieron contacto con sangre humana. Por lo que eso lo convirtió en un ser inmortal. La espada con la sangre de una guerra fue su salvación, pero al mismo tiempo fue su condena. Tras la finalización de la guerra, había tomado la decisión de mutilar los cadáveres de los enemigos. Había pensado que quizás era la única manera de romper con la condena, pero fue imposible. Aún recordaba sus manos temblorosas y ensangrentadas mientras abría el tórax de los cadáveres y llenaba sus asquerosas vísceras con parásitos. En aquel tiempo, no manejaba ningún tipo de prácticas

con cadáveres, por lo que cometió muchos errores aquella noche y atrajo la furia de todas las almas a las que estaba invocando por medio de sus cuerpos. Se había encontrado desesperado y solo. Pasó noches cargando en una carreta el ataúd de madera que le había hecho a su amigo. Su compañero que jamás regresó.

Regresando a su presente, de reojo tirado en el suelo pudo observar la espada. Él ya había intentado en muchas ocasiones quitarse la vida, incluso arrancándose del pecho su órgano vital, pero lo único que consiguió fue tener entre sus manos aquel repugnante corazón latiendo con vigor. No dejaba de moverse y el sonido que producía había comenzado a atormentarlo, por lo que cuando Gaspare quitó la manta y lo vio ahí de un color tan rojo vivo las náuseas aparecieron. No quería verlo, pero entendía que, para morir, el abad debía quebrar la caja y atravesar con la espada su corazón. Estaba esperando aquel momento y cuando Gaspare cogió la espada y se acercó a la caja fuerte. Cerró con fuerza sus ojos, mientras se abrazaba con la manta para esperar el momento de su ansiada muerte, pero aquel momento nunca llegó.

Esperó... con las esperanzas de que el hombre cumpliera con su palabra, pero no fue así. Abrió los ojos y se encontró con su corazón nuevamente cubierto.

—¿Qué haces? —le preguntó atónito.

—Lo siento, pero no soy estúpido. Tu muerte significa una condena de muerte a largo plazo para mí.

—¡No! —gritó y se arrastró como pudo lo más cerca de la protección—. ¡Tú debes matarme, ese era nuestro acuerdo!

—Tu mundo ya no existe —se acercó, Gaspare al destruido ser que aún tenía incrustadas las balas en su rostro y cuello—, pero no te preocupes aquí vivirás muy bien. A los invitados se les trata como tal, así que no te preocupes que estarás muy cómodo en lo alto

del campanario. La vista te va a fascinar y créeme es mucho mejor de lo que tenías ahí en el Abajo.